

Personajes en los Evangelios

Hector Alves, 1896-1978 Vancouver, Canadá

Parte de una serie publicada mayormente
en los años 1970 en la revista *Truth & Tidings*

Contenido

- [Andrés](#), el conquistador de almas
- [Felipe](#), el quinto apóstol
- [Jacobo](#), hijo de Zebedeo
- [Jacobo](#), un hijo de Alfeo / Cleofas
- [Juan Bautista](#), antorcha que ardía y alumbraba
- [Juan](#), el apóstol amado
- [Judas Iscariote](#), el traidor
- [Judas Tadeo](#) Lebeo, el apóstol con tres nombres
- [Los doce](#) discípulos / apóstoles
- [María](#), la madre de Jesús
- [María](#), la mujer de Magdala
- [María](#), una mujer devota de Betania
- [Marta](#), la mujer que servía
- [Mateo](#) Leví, el fiel convertido
- [Natanael](#) Bartolomé, un hombre veraz
- [Nicodemo](#), el hombre que vino a Jesús
- [Pedro](#), un hombre sobresaliente
- [Simeón](#), el cirene enviado por Dios
- [Simeón](#), un israelita piadoso
- [Simón Pedro](#), un hombre sobresaliente
- [Simón Zelote](#), el discípulo cananita
- [Tomás](#), llamado el gemelo

Juan Bautista, antorcha que ardía y alumbraba

Nacimiento

Juan el Bautista es prominente entre los personajes del Nuevo Testamento. Sus padres eran bien conocidos en Judea; su nacimiento fue peculiar; él formó un vínculo entre el Antiguo

Testamento y el Nuevo; y “vino palabra de Dios a Juan”. Hablando del Señor, dijo: “Es necesario que él crezca, pero que yo mengüe”. Se percibía a sí mismo como una voz que clamaba en el desierto. Además, Juan tenía coraje; a los fariseos y saduceos los llamó una generación de víboras, y al rey Herodes le reprendió porque no era lícito tener a la esposa de su hermano. Su vida fue dedicada a la voluntad de Dios y tuvo impacto en la vida de muchos, dirigiendo multitudes de judíos a Dios.

Se podría decir que el nacimiento de este hombre se originó en el cielo. Está asociado con el del Señor Jesús, evento acaecido pocos meses más tarde. El Bautista era vaso escogido antes de nacer, y figuraba entre aquellos en las Escrituras cuyos nombres fueron dados antes de nacer. Sin duda hubo cierto revuelo entre los vecinos cuando se hizo saber que su nombre era Juan, que quiere decir un don de Dios.

Su vida de muchacho fue influenciada por sus padres piadosos, quienes “ambos eran justos delante de Dios, y andaban irreprehensibles en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor”. No hay duda de que esto tuvo mucho que ver con la formación del carácter del niño, como ha sido el caso con muchos hijos e hijas a lo largo de los siglos. Estos padres, por buen tiempo sin prole y ejercitados en la oración, criarían su hijo en la disciplina y amonestación del Señor. Buen ejemplo son para nuestros tiempos; “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”. El ángel Gabriel dijo de Juan antes de su nacimiento: “Será grande delante de Dios ... Será lleno del Espíritu Santo ... Irá delante de él [Jesús] con el espíritu y el poder de Elías”.

Servicio

Dios había preparado a Juan y lo usó. Era de veras un hombre enviado de Dios. Leemos en Mateo 11 de aquellos que llevan vestiduras delicadas en casas de los reyes. Juan el Bautista era lo opuesto; vestía ropa de pelo de camello y un cinto de cuero, y comía langostas y miel silvestre. Era la voz de uno que clamaba en el desierto. Algunos predicadores proyectan una imagen favorable por su apariencia y oratorio, pero difícilmente se podría decir esto del Bautista. Sin duda su apariencia era llamativa, y su vestimenta hacía saber que no pertenecía a la sociedad de su tiempo. No obstante, las multitudes salieron al desierto a oírle y ser bautizadas. Juan no era “una caña sacudida por el viento”, sino sobresalía en fidelidad a Dios.



Las últimas palabras acerca de él vienen de labios del apóstol Pablo en Hechos 13.25, “Juan terminaba su carrera”. Así como David, mencionado en el mismo discurso, sirvió su propia generación. No se desviaba a derecha ni a siniestra; no hacía acepción de personas, cosa que tal vez le costó la vida como veremos más adelante. Una característica llamativa es que veía más allá de su propia obra del momento. La meta del evangelista es ganar almas para Cristo; la del maestro es confirmar a los santos y fortalecer

la obra. Juan reconoció que su asignación era apenas el comienzo de cosas mayores. Sus temas eran sencillos, sus mensajes fáciles de comprender. “Arrepentíos” y “el reino de Dios está cerca” es lo que decía.

Cuando Juan proclamaba a los judíos, “Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento”, es evidente que alcanzó las conciencias de sus oyentes. Cuando la gente le preguntaba, “Maestro, ¿qué haremos?”, su respuesta era, “El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene de qué comer, haga lo mismo”. A los publicanos decía: “No exijáis más de lo que os está ordenado”. Para los militares, su demanda era: “No hagáis extorsión a nadie ... contentaos con vuestro salario”. El resultado fue que todos estaban en expectativa y reflexionaban, Lucas 3.9 al 15. El arrepentimiento es sencillamente un vuelta en U, un

cambio de vida para buscar a Dios.

El otro tema de su prédica era lo cercano del reino de los cielos. Su proclama era que venía a reinar el Mesías prometido. Esto estaba estrechamente vinculado al arrepentimiento para estar en condiciones de ser súbdito en aquel reino. Concordaba con las palabras del Señor a Nicodemo: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Cuando Juan fue por la región contigua al Jordán, proclamando el bautismo para el arrepentimiento para la remisión de pecados, esto llevó sus oyentes al punto donde tenían que decidir de una manera u otra. El bautismo de Juan era su confesión externa de pecado propio.

Juan no predicó en las ciudades sino en el valle del Jordán y la parte desierta de Judea. El pueblo “salía a él”. Él no iba a ellos en las sinagogas como hizo el Señor poco tiempo después. Es evidente que Juan ejercía mucha influencia sobre sus oyentes, “para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y de los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto”, Lucas 1.17. Su labor no fue en vano; él fue un predicador exitoso.

Calidad

Así era Juan y así predicaba; veamos ahora qué dijo el Señor acerca de él y él acerca de su Señor. Quizás no hubo otro hombre que recibió tantas palabras de aprobación del Señor Jesús. Escúchele al lado del estanque de Betsaida: “Era antorcha que ardía y alumbraba; y vosotros quisisteis regocijaros por un tiempo en su luz”. Juan ardía adentro y alumbraba hacia fuera. Este era un testimonio excelente a aquel que no era aquella Luz, pero fue enviado a testificar de aquella Luz.

En otra ocasión nuestro Señor dijo que de los que han nacido de mujer, no ha habido otro mayor que Juan el Bautista. No obstante su grandeza, Juan no fue bien visto por los gobernantes del pueblo, pero muchos afirmaron que “Juan, a la verdad, ninguna señal hizo; pero todo lo que Juan dijo de éste, era verdad”.

Al testificar en cuanto a su Señor, Juan le aplica tres títulos: el Hijo de Dios, el Esposo y el Cordero de Dios. “Este es el que viene después de mí, el que es antes de mí”. “Le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios”. ¡Testimonio noble! Dos veces en este capítulo leemos de un anuncio excepcional de Juan acerca del Señor Jesús: “He aquí el Cordero de Dios”. Es la primera vez que se personifica al Cordero de Dios. En Juan 3.29 Juan asume el lugar del amigo del Esposo que está en pie a su lado. La obra de Juan era humilde, testificando a Uno que era mayor que él. Vemos en su ministerio cómo él se quedó en el trasfondo pero resaltó al Señor Jesús. Cuando nuestros corazones rebosan de las glorias de la persona de Cristo, menos hablamos de nosotros mismos.

Duda

No obstante, la fe de Juan fue probada. Mateo 11.2 relata: “Al oír Juan, en la cárcel, los hechos de Cristo, le envió dos de sus discípulos, para preguntarle: ¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?” Siempre habrá hermanos que encuentran fallas en aquellos de quienes hablan las Escrituras. Era costumbre en los días de Juan recibir visitantes. (Dijo nuestro Señor: “Estuve ... en la cárcel, y vinisteis a mí”). Mientras estaba encarcelado Juan oyó no poco acerca de las actividades del Señor, y aquí le encontramos despachando una embajada a expresar al Señor lo que parece ser una duda.

Es algo que sorprende a muchos lectores de la Biblia. ¿Cómo reconciliarlo con el testimonio que él había dado a Jesús en su ministerio público? ¿Juan se ha vuelto impaciente? ¿Tildaba al Señor de lento en su actuación? ¿El aventador está en su mano y Él está limpiando su era, quemando la paja? Si está realizando tantos milagros, ¿por qué no hace algo para sacarme a mí de esta prisión? Sin duda Satanás estaba perturbando al Bautista con pensamientos como

éstos.

Una cosa que Juan no sabía, cosa que Dios no le había revelado, era el intervalo entre la venida del Señor en gracia y su regreso en juicio. Ningún lapso se encuentra en Isaías 61.2 entre el año agradable del Señor y el día de venganza de nuestro Dios. De manera que Juan pregunta: “¿Eres tú aquel que había de venir, o esperaremos a otro?”

En realidad él está haciendo exactamente lo que Pedro dice que hicieron los profetas del Antiguo Testamento. Está escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos. Al haber incredulidad en la mente de Juan, él ha podido enviar sus discípulos a algún otro. El hecho de que les haya enviada al Señor es prueba suficiente de que no dudaba del Venidero. Él esperaba una respuesta afirmativa.

La respuesta que recibió fue todo lo que necesitaba. El Señor agrega un toque tierno al responder: “Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí”. Una vez que los mensajeros se habían marchado, el Señor elogió a su siervo encarcelado, defendiéndole de toda crítica. Dijo que este hombre era más que profeta, y “Entre los que nacen de mujer no se ha levantado otro mayor que Juan el Bautista”. No queda espacio para dudar la integridad de este testigo sobresaliente.

Muerte

Terminamos nuestro estudio con unos pocos comentarios acerca de la muerte de Juan. Se podría decir que el Bautista murió como mártir. Marcos nos dice que estaba encarcelado a causa de Herodías. Le había dicho a Herodes que su conducta estaba fuera de orden, y “Herodes temía a Juan, sabiendo que era varón justo y santo, y le guardaba a salvo”. Oyéndole, se quedaba muy perplejo. Parece que Herodes no sentía gran ira contra Juan, y tal vez éste no tenía porqué pensar que estaba a punto de morir.

Pero había otra persona cuya enemistad esperaba oportunidad para vengarse. Lo que era Jezabel al Elías del Antiguo Testamento, lo era Herodías al Elías del Nuevo Testamento. Pero había una diferencia; Elías se escapó de las garras de Jezabel pero Juan cayó víctima a los designios impíos de Herodías. Esta mujer malvada aguardó su oportunidad y la alcanzó al burlarse del mandatario incauto. Mateo es quien nos informa que la hija fue instruida de antemano a pedir la cabeza del profeta. No se dan detalles de su ejecución en la cárcel. El encuentro con una muerte súbita ha debido sorprender sobremanera a este varón de Dios, pero no se nos dice.

Se registra otra escena conmovedor que tuvo lugar inmediatamente consumada la homicida. Marcos relata que sus discípulos recogieron el cadáver, lo depositaron en un sepulcro e informaron a Jesús. No han podido hacer mejor. De qué manera enterraron el cuerpo sin cabeza, no sabemos. No dudamos que hayan enterrado lágrimas junto con aquel cuerpo, y que fue con suma tristeza que dieron la noticia al Señor.

Como Abel, Juan el Bautista “muerto, aún habla”. Cuántas veces a lo largo de siglos han resonado sus palabras: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

Simeón, un israelita piadoso

“Había en Jerusalén un hombre llamado Simeón, y este hombre, justo y piadoso, esperaba la consolación de Israel ... y movido por el Espíritu, vino al templo. Y cuando los padres del niño Jesús lo trajeron al templo, para hacer por él conforme al rito de la ley, él le tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, diciendo: Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz, conforme a tu palabra; porque han visto mis ojos tu salvación”, Lucas 2.25, 27 al 30.

En estos versículos encontramos una de las narraciones más pintorescas del Nuevo

Testamento. Guiado por el Espíritu al templo en el momento preciso, este hombre encontró lo que esperaba: el Cristo de Dios en la forma del niño Jesús. Suponemos, como hacen casi todos los expositores, que Simeón era hombre anciano cuando esto sucedió, pero la Biblia no menciona el detalle.

Hay algo en el relato que muchos pasan por alto. Generalmente se comenta acerca de la esperanza que él abrigaba por largo tiempo, y el predicador del evangelio destaca que la salvación divina es una Persona, vista en el niño Jesús. Pero hay también una enseñanza típica.

Vamos a hablar del hombre en sí, la escena en el templo y lo que Simeón dijo.

Nada se sabe de este buen hombre excepto lo que Lucas narra. No se dice nada sobresaliente acerca de él; era “justo y piadoso”, y “esperaba la consolación de Israel”. Era varón recto, cumplido en su palabra y de un proceder conforme a lo que profesaba.

Era piadoso también, cumplido en su deber delante de Dios. Mucho se dice en el Testamento acerca de hombres piadosos. “Hombres piadosos llevaron a enterrar a Esteban”. Tres se nombran como piadosos: Simeón de Lucas 2, Cornelio de Hechos 10 y Ananías de Hechos 22. Simeón es el único “justo y piadoso”.

Además, él esperaba. Se dice que había un sentir general entre los judíos más cumplidos de la época que el advenimiento del Mesías no podría tardarse mucho. Se menciona a José de Arimatea en particular como uno que esperaba el reino de Dios. Simeón no sabía cuándo sería, pero estaba a la expectativa.

Estos versículos nos presentan un cuadro muy llamativo; nunca antes se había cosa semejante en el templo de Herodes. El Espíritu le conduce a Siméon a entrar cuando José y María entraban con Jesús. Sin duda había allí otros padres con sus nenes. ¿Cómo sabía Simeón a quién acercarse antes de que algún sacerdote atendiera al niño conforme a la costumbre de la ley? No se nos dice de qué manera le fue revelado, pero el caso es que Simeón extendió sus brazos y María le dejó cargar al Niño que nació en Belén. “Entonces”, dicen algunas versiones, “le recibió en sus brazos”.

Vemos aquí en figura —en tipo— al Viejo Pacto abrazando el Nuevo. En sí mismo Simeón era un auténtico santo antiguotestamentario. Al recibir al niño, él cumplió los sacrificios y la profecías del Antiguo Testamento tocantes a “la consolación de Israel”. La esperanza de los santos del Antiguo Testamento había sido realizada. Simeón sabía que éste era el Cristo, y por esto estaba contento al despedirse en paz. Lo viejo pasa, lo nuevo entra.

“Cristo es el fin de la ley”. Es el objeto, o la finalidad que la ley preveía. Gálatas 3.24 expresa que la ley había sido nuestro tutor hasta Cristo, para que fuésemos justificados con base en el principio de la fe. [Así es el lenguaje de la traducción de J. N. Darby.] Cuando Cristo vino —figurado en la recepción de Jesús de parte de Simeón— la ley podía despedirse en paz, como si fuera. A Simeón le complació que él se marcharía, ya que su esperanza había sido realizada.

“Tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel”. Cuando Simeón vio la salvación de Dios en la persona del bebé, él vio lo que fue difícil para los apóstoles entender más adelante. Vio el cumplimiento de las palabras dichas por el salmista siglos antes, “Jehová ha hecho notoria su salvación; a vista de las naciones ha descubierto su justicia”, Salmo 98.2. Vio el cumplimiento de las palabras de Isaías en el 52.10, dichas setecientos años antes, “Jehová desnudó su santo brazo ante los ojos de todas las naciones, y todos los confines de la tierra verán la salvación del Dios nuestro”. Pedro necesitó una



revelación de Dios para llevar esta luz a los gentiles. Poco sorprende que “José y su madre estaban maravillados de todo lo que se decía de él”.

Simeón les bendijo y dirigió a María otra profecía sobresaliente, “Éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha”. No tenemos que referirnos aquí a las muchas otras escrituras que confirman esto. Luego él habla a ella personalmente: “Una espada traspasará tu misma alma”. Ella experimentó esto de una manera especial junto a la cruz, Juan 19.25.

Así que vemos en Simeón de Jerusalén a un israelita piadoso que esperaba la consolación de Israel, un tipo llamativo del pase del Viejo Pacto, y un hombre que pronunció profecías muy llamativas.

Nicodemo, el hombre que vino a Jesús

El tercer capítulo del Evangelio según Juan bien podría comenzar con el versículo 2.23. La narración al final del capítulo 2 continúa al capítulo 3: “Jesús ... no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre. Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo ...” Mejor: “Había entre los fariseos un hombre”, como en la Nueva Versión Internacional por ejemplo. Este hombre estaba profundamente impresionado por las obras poderosas que el Señor realizaba. Era atraído por los milagros, como la gente del capítulo 2: “Muchos creyeron en su nombre, viendo las señales que hacía”.

Pero con Nicodemo era diferente; él veía más que milagros, o “señales”; su alma había sido tocada. Nuestro Señor no confiaba en la gente del 2.24, pero sí se reveló a Nicodemo. Pero no dejó a éste entrar en su confianza como había hecho con los del capítulo 1, quienes llegaron a ser sus discípulos. Primeramente le hizo a Nicodemo conocer su propia ignorancia, diciendo, “¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes?”

Encontramos tres menciones de este hombre, y en cada caso es por Juan el apóstol. Cada historia es mejor que la anterior, de manera que veremos ahora su conversión, manifestación y dedicación.

Conversión

Con cautela Nicodemo quiso tener una entrevista con el Señor de noche. ¿Fue por temor de los judíos, o por querer conversar en privado con este hacedor de milagros? No se nos dice. Es evidente que Nicodemo creía que Cristo era un maestro que había venido de Dios, pero más allá de esto pareciera que su alma estaba en oscuridad, así como la noche de la cual leemos. Era sincero e instruido, pero le hacía falta comprender que nada menos que el nuevo nacimiento le permitiría ver el reino de Dios.

En la conversación cada locutor habló tres veces. Cada vez que habló Nicodemo, menos dijo, y cada vez que habló el Señor, más dijo. ¿Será la referencia a los israelitas mordidos que le hizo a Nicodemo ver su propia ruina? ¿Fue el muy conocido ‘Juan 3.16’ que le reveló el camino de la salvación e iluminó su alma entenebrecida? ¿Él fue salvo aquella misma noche? ¿Se marchó en posesión de la vida eternal, salvo y satisfecho? Opinamos que sí.

Manifestación

De lo que Juan relata entendemos que Nicodemo era tímido y le costó confesar de una vez a Cristo como su Salvador y Señor. En 7.50,51 leemos: “Les dijo Nicodemo, el que vino a él de noche, el cual era uno de ellos: ¿Juzga acaso nuestra ley a un hombre si primero no le oye, y sabe lo que ha hecho?”

Tal vez no parezca en la superficie ser gran cosa, pero mucho estaba en juego. Se había

decretado la expulsión de la sinagoga de quien confesara a Jesús como el Cristo. La excomunión era cosa grave para cualquier judío, y mucho más para un líder como Nicodemo. Él iba a perder su posición oficial entre su pueblo, y podemos entender por qué haya medido sus pasos con cuidado. Hemos podido poner a este escrito el título, “El creyente tímido”.

Pero no es el único. Así como él, muchos han guardado como secreto su fe en Cristo hasta presentarse una crisis. Aparentemente Nicodemo no divulgó nada por cierto tiempo, pero llegó el momento cuando los principales sacerdotes agitaban por el arresto y la condena del Señor.

Su declaración fue de sólo dieciocho palabras en nuestro idioma, pero con ella él clavó su bandera al asta. Y así muchos desde ese entonces; su primer testimonio fue corto, pero sirvió de comienzo. Para algunos fue voluntario, para otros, casi inevitable en las circunstancias. Lector, cuando su corazón rebosa palabra buena, y el fuego arde adentro, declárese por su Señor. Con ese primer paso, se despejará el camino para progresar, y tendrá gozo en el alma.

Dedicación

En Juan 19.38 al 42 encontramos a Nicodemo y José de Arimatea prestando uno de los servicios más honrosos que hay registrados en las Escrituras. “También Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús, y lo envolvieron en lienzos con especias aromáticas, según es costumbre sepultar entre los judíos”.

Hay aquí una grandeza que es difícil apreciar. El varón que oyó de los labios del Hijo del Hombre que Él sería levantado como el Salvador de pecadores, ve ahora que esa muerte ha sido realizada, y él se adelanta una vez más en público.

El que vino de noche presta su gran servicio cuando la noche esta por caer. Se asocia con José, un concejal noble que hasta ahora también había sido temeroso para identificarse públicamente con Jesús como Salvador. Actúan juntos para honrar a su Señor. La cruz ya pasó pero otro momento crítico se ha presentado, y para ellos no hay miedo ahora. No importa qué opinan sacerdotes o pueblo; su lealtad está definida; prevalecen la gratitud y el amor.

Tierna y reverentemente ellos llevan el cuerpo de Aquel que llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero.

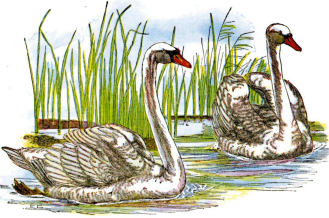
María, la madre de Jesús

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena”, Juan 19.25.

Es de interés notar quienes componían aquel grupito, aunque hay mucha diferencia de criterio acerca de cuántas estaban con el discípulo a quien Jesús amaba, 19.26. La madre de nuestro Señor está mencionada en primer lugar; nada podía impedir que estuviera ella. Su amor y afecto la condujeron, y admiramos su coraje.

Luego “la hermana de su madre”. ¿Quién es? Algunos opinan que las palabras que siguen son explicativas, a saber, que se trata de la mujer de Cleofas. En este caso el grupo constaba de sólo tres. Puede ser; no insistimos, pero sugerimos que estaban cuatro mujeres. Al ser esta María la hermana de la madre de Jesús, había en la familia dos del mismo nombre, cosa poco probable. Creemos que “la hermana de su madre” era Salomé, la madre de Juan quien escribe. No sería típico de Juan mencionar su madre por nombre; en este Evangelio él nunca menciona el suyo propio, ni el de su hermano Jacobo. Se refiere a sí como el discípulo a quien Jesús amaba.

La traducción aramea reza: “estaban paradas cerca de la cruz de Jesús, su madre, y la hermana de su madre, y la esposa de Cleofas, y María Magdalena”. Esta lista consta de cuatro mujeres. En Marcos 15.40 leemos: “También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé”. Las tres mencionadas aquí han podido acercarse para estar con la madre del Señor, a quien Marcos no menciona como habiendo mirado de lejos.



Seis mujeres de nombre María figuran en el Nuevo Testamento; cuatro de ellas ocupan lugares de prominencia, y dos se mencionan una sola vez. Las seis son María madre del Señor, a quien siempre se identifica claramente por el contexto; María Magdalena, quien siempre está identificada por su lugar de origen, Magdala; María esposa de Cleofas, mencionada solamente en relación con su esposo o sus hijos; María de Betania, la hermana de Marta y Lázaro; María la madre de Juan Marcos, Hechos 12.12; y la que prestó mucha atención a Pablo, Romanos 16.6.

Parece que el nombre tiene dos sentidos. En *Scripture Proper Names*, editado por John Ritchie, el significado figura como “exaltada”. Pero *María* es la forma griega de *Mara*, como en Rut 1.20, donde leemos: “No me llaméis Noemí, sino llamadme Mara; porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso”. Para algunas María en el Nuevo Testamento ambos sentidos aplican a su experiencia. La madre de Jesús, la Magdalena y la de Betania fueron exaltadas después de haber pasado por experiencias amargas.

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre ...” ¡Patético el cuadro! Para nosotros sería imposible compartir lo que pasó por la mente de aquella mujer. Ninguna madre jamás tuvo hijo como Jesús, ni hijo una madre como María. Había sido honrada, pero ahora le toca una experiencia por demás amarga. María era descendiente de reyes y profetas, y por medio de ella, en cuanto a la carne, vino el Cristo. El romanismo sobrepasa, aun en idolatría, en su veneración de María, pero nosotros debemos tener cuidado al no ir al otro extremo y descontar a esta noble mujer.

Ella era bendita entre mujeres, y llevaría en mente que el ángel le había dicho: “Darás a luz un hijo ... Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin”. ¡Qué esperanzas abrigaba ella! Era exaltada de veras.

¿Pero quién dirá el dolor de su corazón al ver colgado en una cruz a Aquel en quien todas sus esperanzas estaban cifradas? ¿Se acordaría de las palabras de Simeón aquel día en el templo, cuando tomó al niño en sus brazos y dijo: “Una espada traspasará tu misma alma”? Junto a la cruz María lo experimentó.

El lugar peculiar que ella ocupó en relación con el Señor desapareció con la cruz. “Desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa”. La última mención de María está en Hechos 1.14: “Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego, con las mujeres, y con María la madre de Jesús, y con sus hermanos”. Allí, María es una entre varias, y pronto sería contada entre el grupo que estaba un el mismo lugar en el día de Pentecostés, y parte de la iglesia en Jerusalén, perseverando en la doctrina de los apóstoles.

María, la mujer de Magdala

“Estaban junto a la cruz ... María Magdalena”, Juan 19.25. Así como en el caso de la madre de Él, bien podríamos preguntar qué pensamientos pasaron por la mente de esta dama al contemplar colgado sobre la cruz Aquel a quien llamaría luego *Mi Señor*. Hemos observado en otro escrito que el nombre María significa amargura, y hemos comentado sobre algo de la

amargura que la madre del Señor sufrió. Veamos la experiencia de la Magdalena.

María de Magdala era diferente a las demás María del Nuevo Testamento por lo trágico de su pasado. Algunos expositores le han hecho mal al identificarla con la mujer de Lucas 7.37,38: “una mujer de la ciudad, que era pecadora”. No hay base bíblica para hacerlo, ni tampoco para sugerir que María Magdalena vivía una vida inmoral. No se nos informa el nombre de la mujer de Lucas 7, y es sólo especulación identificarla con alguna otra en el Nuevo Testamento.

De Marcos 16.9 y Lucas 8.2 aprendemos que María Magdalena era dominada por el poder de las tinieblas. Sin embargo, el ojo de Dios estaba sobre ella. Él tenía propósitos de gracia para María, y se realizó una gran transformación en su vida. Lucas narra de “algunas mujeres que habían sido sanadas de espíritus malos y enfermedades: María, que se llamaba Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Chuza intendente de Herodes, y Susana, y otras muchas que le servían [a Jesús] de sus bienes”.

Varias veces se menciona a esta María de primera entre mujeres, así como Pedro entre varones. En las últimas horas de nuestro Señor antes de su muerte, ante el sepulcro desocupado, María fue un testigo importante. Fue la primera persona a quien el Señor se presentó en resurrección. Desde la hondura del desespero ella ascendió a la altura de renombre. En todo esto vemos amor y devoción. Debía mucho y amaba mucho; el Señor había conquistado el corazón de esta mujer.

Seis veces Marcos menciona María Magdalena en el contexto de la muerte y resurrección del Señor, y Juan cinco veces. Ella es vista parada junta a la cruz, y luego “el primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro”, Juan 20.1. Fue por medio de ella que Juan mismo se asoció con la resurrección del Señor, y él restringe su parte de la narración a lo relevante a María Magdalena.

Los escritores sinópticos aclaran que otras estaban presentes. Quizás María fue la primera en salir hacia la tumba. Aunque era oscuro todavía, el Señor se había resucitado antes de que ellas llegasen. Lo que María vio, las otras vieron también: la piedra quitada del sepulcro. Pero fue ella sola que corrió, sin examinar el sepulcro y sin consultar con las demás, para avisar a Pedro y Juan. Lo hace en una oración corta, expresando el pensamiento que ocupaba su mente: “Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto”.

Proseguimos al incidente más llamativo frente a la tumba abierta. Los discípulos se marcharon a casa, pero María se quedó llorando. El propósito de Juan parece ser el de contar acerca de la manifestación del Señor a María Magdalena antes que a otros. Su excitación fue calmada, pero el misterio no había sido aclarado. Su profundo amor le hace llorar. En el 20.11 *llorando* encierra la idea de cualquier expresión pronunciada de pesar, especialmente al lamentar a un muerto.

María había dicho a Pedro y Juan que “se han llevado al Señor”, pero su respuesta a los ángeles fue que “se han llevado a *mi* Señor”. Ella sintió la pérdida como suya propia. Y, respondió a uno que suponía ser el hortelano: “Si tú le has llevado ...”, como que otro no estaba en sus pensamientos, y él debería saber a quién se refería. Sigue lo que se ha llamado la escena de reconocimiento más destacada en la historia. El Señor dijo, *María*, y ella *Raboni*. Sin duda Él lo hizo en un tono bien conocido a ella, y a aquella voz su corazón respondió de una vez. Pero estaba demasiado llena como para conversar; aquella sola *Raboni* expresó más de lo que un conjunto de palabras podía hacer. Fue su pleno reconocimiento de Él como su Señor. Entonces dijo, “No me toques”, porque aparentemente ella se asía a su vestimenta.

Su galardón por esta devoción fue rico; se le encomienda a ella un mensaje importante. María Magdalena fue comisionada para informar a los discípulos que ella había visto al

Señor, y que Él le había dicho: “Vé a mis hermanos”. Es la primera vez que el Señor llama a sus discípulos sus hermanos; Él revela esta relación a María.

Hemos observado que su nombre tiene dos sentidos, amargura y exaltación. María aprendió la lección amarga; el mundo crucificó a su Señor. Pero ella estaba crucificada al mundo, y fue exaltada del dominio del poder de las tinieblas a ser la persona más destacada en relación con la resurrección. Las mujeres no podían ser apóstoles, pero aquí hay una dama que prestó un gran servicio a su Señor.

María, una mujer devota de Betania

El Nuevo Testamento menciona seis María — la madre de nuestro Señor, la esposa de Cleofas, la Magdalena, la madre de Juan Marcos, la hermana de Marta y la María de Romanos 16.6.

No es difícil identificarlas. Debemos tener en claro, sin embargo, que la Escritura no asocia la mujer de Lucas capítulo 7 en la casa de Simón el fariseo con ninguna de ellas, ni con ninguna otra persona nombrada en la Palabra de Dios. Tengamos presente que María Magdalena era oriunda de Magdala, la hermana de Marta vivía en Betania, la madre de Juan Marcos en Jerusalén y la de Romanos 16.16 aparentemente vivía en Roma. La mujer de Lucas 7 vivía en Galilea, hasta donde sabemos.

En cuanto a la María que nos interesa por el momento, podemos notar que lo dicho acerca de ella puede ser resumido en la palabra de nuestro Señor: “María ha escogido la buena parte”. El hogar en Betania parece haber sido un remanso de reposo para Él, y Él amaba a todos allí: “Y amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro”, Juan 11.5.

Veamos el carácter, la prueba y la devoción de María.

“El incorruptible ornato de un espíritu afable y apacible ... es de grande estima delante de Dios”, 1 Pedro 3.4. Un punto de interés es el contraste entre María y Marta. Aparentemente Marta era la mayor de las hermanas y también la más agresiva. Esto se ve en Lucas 10.39,40: “María ... sentándose a los pies de Jesús ... pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres”. El comentario de nuestro Señor acerca de esta última fue que ella estaba afanada y turbada con muchas cosas. María, dijo, había escogido la buena parte y no le sería quitada. María tomó el lugar que más amaba; ella dio la espalda a lo demás para poder oír lo que el Señor iba a decir, y Él la encomendó por ello.

La muerte de Lázaro sacó a relucir la fe de María. Nos acordamos que la prueba de la fe del cristiano es mucho más preciosa que el oro que perece, 1 Pedro 1.7. Cuando Lázaro estaba muy enfermo, sus hermanos mandaron a decir: “Señor, he aquí el que amas está enfermo”. Ellas no pidieron de frente que Él se presentara de una vez en Betania, pero esperaban que sí. Quizás sencillamente querían desahogarse con hacerle saber al Señor que estaban ansiosas. No llegó una respuesta, y Lázaro murió.

“Marta, cuando oyó que Jesús venía, salió a encontrarle; pero María se quedó en casa”. Su fe fue probada a tal punto que posiblemente faltó en no salir a recibir al Señor. Al llegar Él, Marta “fue y llamó a María su hermana, diciéndole en secreto: El Maestro está aquí y te llama”. Al verle, María se postró a sus pies, diciendo: “Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano”. Son las únicas palabras de María que tenemos registradas. Fue el lenguaje de tristeza y perplejidad; de lo que ha podido ser, no de reproche. El parecer de María era que nadie podía morir en la presencia de su Señor. Por esto, la muerte de su hermano fue una gran prueba para ella.

En Juan 12.3 palpamos la devoción de esta mujer . Ella “tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos” ..

Esta iniciativa ocupa el lugar céntrico en la escena en la casa de Simón el lepra. Entre los judíos de aquel entonces lo usual era lavar los pies de los huéspedes. Los pies de nuestro Señor no requerían ser lavados con agua; Él era santo, inocente y sin mancha. María hizo algo mejor que lavar sus pies; ella los enjugó con unguento de alto precio. Para ella, los pies del Señor merecían lo mejor, y el testimonio de Juan es que "ungió al Señor con perfume, y le enjugó los pies con sus cabellos", 11.2. María de Betania tenía un auténtico sentido de la dignidad de Cristo, y proclamó que era todo para ella.

No leemos que María de Betania haya estado presente junto a la cruz; quizás sí estaba, pero el Espíritu de Dios no nos ha informado. Tal vez hay una razón. Seis días antes de la pascua, esta mujer anticipó la muerte del Señor y fue más allá de eso. Él dijo que "para el día de mi sepultura ha guardado esto". María captaba el sentido de la cruz y todo lo que representaba, y para ella no hacía falta estar presente en cuerpo.



Este unguento tenía especial valor para el Señor porque el corazón de María estaba en esa cajita de nardo. Le dio el perfume, la cajita y todo, y ofrendó su gloria a sus pies al enjugarlos con su largo cabello. Otros recibieron beneficio; la casa se llenó del olor del perfume. Mateo escribe que era "de gran precio" y Marcos dice que ha podido ser vendido por más de trescientos denarios.

Nuestro Señor asignó gran valor al acto, diciendo: "Dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella", Marcos 14.9.

Marta, la mujer que servía

Juan 12.2 declara que Marta servía. Estas palabras resumen todo lo que se dice de esta buena hermana. Lucas agrega al relato de Juan con decir que se preocupaba con muchos quehaceres.

La mención más temprana de ella se encuentra en Lucas 10.38, donde leemos que cierta mujer recibió a Jesús en su casa. Se habla a menudo de la reprensión que el Señor le hizo al decir: "Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas". Creemos que sus intenciones eran buenas, aunque sí se equivocó. Los errores de uno no siempre revelan su verdadero carácter, pero el tenor de una vida sí lo hace.

Vamos a señalar algunos detalles de esta mujer que recibe mención honorable de Lucas y Juan. Los rasgos que ameritan nuestra atención son su hospitalidad, servicio, equivocación, fe y testimonio.

Hospitalidad y servicio

"Marta le recibió en su casa". Esta disposición a extender hospitalidad al Señor Jesús manifiesta la estima que tenía para Uno de quien está dicho que "las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza". Mucho del servicio de Marta tenía que ver con su hospitalidad. Jeroboam era el varón que "ha hecho pecar a Israel"; Nicodemo era "el que vino de noche"; y Marta podría ser "la que practicaba la hospitalidad", como en Romanos 12.13, cumpliendo 1 Pedro 4.9, "Hospedaos los unos a los otros sin murmuración".

Parece que lo hacía bien, porque ella dijo que su hermana la había dejado para hacerlo sola. Leemos que "Jehová ha bendecido la casa de Obed-edom y todo lo que tiene, a causa del arca de Dios", 2 Samuel 6.12. Es evidente que, por la benignidad que ella mostraba al Varón

de Dolores, Él bendijo la de Marta y todo lo que tenía que ver con ese hogar. Y Dios lo hará en todo hogar donde se atiende a su pueblo. “No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles”, Hebreos 13.2.

No siempre hay esta disposición de atender a aquellos que pasan un día del Señor de visita con el pueblo suyo. Han habido casos donde han tenido que almorzar en un restaurante después de la cena del Señor. Marta era la anfitriona cuando recibió al Señor en su casa, y todo creyente puede ser anfitrión donde Él es un huésped fijo. No dudamos de que Obededom haya dado al arca, símbolo de la presencia de Dios, el lugar de honor en su casa.

Lucas 10.40 trata del servicio de Marta, informando que se preocupaba con muchos quehaceres. Sin duda el servicio es loable, y nuestro Señor dijo en Juan 12.26: “Si alguno me sirviere, mi Padre le honrará”. Hay predicadores que subestiman a Marta y la comparan a la gente que se interesa más por su propia mesa que por la mesa del Señor. Esta evaluación es injusta; el Señor amaba a Marta, a su hermana y a Lázaro, Juan 11.5. El versículo no dice “a María, Marta y Lázaro”. Ciertamente Él amaba a María, pero Marta figura de primera. Era hacendosa, y para el Señor; lo servía de corazón.

Equivocación

Su error se ve en los versículos que siguen en Lucas. “Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero solo una cosa es necesaria”. El servicio es encomendable pero en este caso trajo condenación. Obsérvese sus palabras tan inapropiadas: “Señor, ¿no te da cuidado?” Ella continua, y procura mandar al Señor: “Dile, pues ...”

Tierna fue la reprimenda: “Marta, Marta”. ¿Por qué dos veces? A lo mejor fue para enfatizar la lección que Él quería dar. “Afanada y turbada ... con muchas cosas”. “Preocupada e inquieta” es cómo lo expresa la Nueva Versión Internacional.

Hacía falta algo además del servicio. Esta fue la buena parte de María, que quien se sentaba a los pies de Jesús y prestaba atención a sus dichos. El error de Marta estaba en la manera incorrecta en que se dirigió a Él. Cierito, le llamó *Señor*, pero seguido de dos grandes *me*. El *yo*. Fue distraída por lo mucho que estaba por hacerse. El trabajo en sí era su objetivo; pensaba en el servicio en vez del Señor, y nosotros corremos el riesgo de valernos de lo que hacemos para no dejar ver cómo estamos delante de Él. El Señor no complació a esta mujer en lo que le exigía.

Fe y testimonio

Ahora llegamos a la verdadera Marta. Se fe se destaca en la declaración: “Sé ahora que todo lo que pides a Dios, Dios te lo dará”, Juan 11.22. Lázaro ha muerto, y es significativo que es Marta que sale al encuentro con el Señor; su hermana se queda en casa. Fue Marta que dijo: “Señor, si hubieses estado aquí, mi hermano no habría muerto”.

Su testimonio se da en el 11.27: “Yo he creído que tú eres el Cristo, el hijo de Dios, que has venido al mundo”. Es asombroso. ¡Cuánto gozo le darían al Señor estas palabras mientras oraba frente a la tumba de Lázaro! La declaración nos lleva atrás a Mateo 16, cuando el Señor andaba por la costa de Cesarea de Filipo, quizás un año antes. Había preguntado: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” cuando Pedro respondió: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”. La respuesta del Señor fue que semejante declaración podría proceder solamente de una revelación divina. Marta confesó lo mismo, dejando entrever su percepción espiritual.

En el capítulo siguiente del Evangelio según Juan se encuentra la última mención de esta hermana en la fe. “Le hicieron allí una cena; Marta servía”. Y sin reprimenda.

Simeón, el cirene enviado por Dios

“Obligarón a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que llevase la cruz”, Marcos 15.21.

Bien se podría escribir la palabra *providencia* sobre el relato acerca de Simón que nos proporcionan Mateo, Marcos y Lucas. La providencia divina es una disposición anticipada o evento que muestra directamente la presciencia y el cuidado de Dios. Así fue con este hombre de África del Norte [Trípoli en estos tiempos]. Su senda le condujo a encontrar al Hijo del Hombre; al haber pasado un poco antes o un poco después, hubiera perdido el mayor acontecimiento de su vida.

No fue Simón que lo programó así; estaba en el propósito divino que este hombre se encontrara con Jesús, rumbo al Gólgota, en el momento preciso cuando sería visto por la multitud en la procesión. Marcos y Lucas aclaran que salía del campo, haciendo ver que el encuentro fue de un todo inesperado.

¡Y qué procesión habrá sido! Una chusma acompañada de una escolta de soldados del vulgo que conducían al Varón de Dolores a su ejecución. Simón llega al lugar justamente lado afuera de puerta de la ciudad, Mateo 27.32, sin ninguna idea de lo que iba a ver, y a lo mejor atónito al verlo.

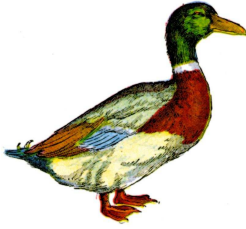
¿Fue en aquel momento que el Señor cayó bajo el peso de la cruz que cargaba? Escribe Juan: “... él, cargando su cruz, salió al lugar llamado de la Calavera”. Era una costumbre romana obligar al condenado a llevar su cruz. Se ha dicho acertadamente que el Señor era perfectamente humano y humanamente perfecto. Sin duda llevaba la cruz al comienzo de la marcha. Pero, después de una noche sin descanso en el Getsemaní, luego el proceso ante Pilato temprano por la mañana y los azotes recién administrados, Él ha podido ceder por debilidad física. Probablemente a causa de aquel agotamiento, hacía falta que otro llevara aquella cruz.

Ciertamente no lo haría ningún soldado romano. Ningún judío se ofrecería, y sería visto como maldito en caso de hacerlo. Por esto los soldados la colocaron sobre un transeúnte que no esperaba tal cosa. Mateo y Marcos dicen que lo obligaron, y Lucas escribe que “tomaron” a Simón. Nada se dice que haya protestado o resistido, pero tampoco de que era cómplice voluntario en el asunto. Fue un servicio obligado pero aceptado, “para que la llevase tras Jesús”.

¿Quién era este hombre? Poco está registrado, pero hay suficiente para que nos interese saber de él. Cada uno de los escritores lo asigna un solo versículo, Mateo con veinte palabras, Marcos y Lucas con veinticuatro cada uno. Juntándolo todo aprendemos que era oriundo de Cirene, que aparentemente vivía en los alrededores de Jerusalén, que tenía dos hijos cuyos nombres no se menciona, y que en la mañana de la crucifixión él caminaba del campo a la ciudad.

Se dice que Cirene contaba con una numerosa colonia de judíos. Aprendemos de Hechos 2.9 que cirenos se encontraron en Jerusalén en el día de Pentecostés, y del 6.9 que aparentemente había una sinagoga de cirenos. Parece que Simón era un prosélito e iba a Jerusalén por ser la temporada de la pascua. De manera que este hombre llegó a ser el primer “portador de una cruz” y, hasta donde sabemos, el único que cargó la del Señor. Muchos han llevado su cruz desde aquel entonces, pero cada uno la suya propia: Lucas 14.27, “el que no lleva *su* cruz y viene en pos de mí ...”

¿Él fue el primer convertido africano? [Hoy en día Cirene/Trípoli pertenece a Libia, pero en aquel entonces estaba unido políticamente con Creta]. Creemos tener base para decir que el llamativo contacto con el Señor condujo a la conversión de este hombre, y por esto la mención específica de sus dos hijos. Marcos le identifica como padre de Alejandro y Rufo, y



por esto entendemos que eran bien conocidos al pueblo de Dios cuando él escribió. Posiblemente el hombre espiritual de Romanos 16.13 es el Rufo que Marcos menciona como hijo de Simón. No hay por qué identificar los Alejandro de Hechos 19.33 y de 1 Timoteo 1.20 con el otro hijo. El primero era judío y el postrero un opositor de la sana doctrina.

¿No será que haya sido uno de aquellos de Hechos 11.20 que fueron a Antioquía a predicar el evangelio? En el 13.1 tenemos los nombres de ciertos profetas y maestros en la iglesia en esa ciudad, incluyendo a un “Simón el que se llamaba Niger” además de Lucio de Cirene. Cuál Simón, no sabemos, y no queremos especular indebidamente. Hay comentaristas que sugieren que “de Cirene” es referido a los dos mencionados aquí; Lucio es una forma judía del nombre Simón. En el griego de 2 Pedro 1.1 Simón Pedro habla de sí como Simeón. [Véase la nota en la Biblia Textual.]

Este Simón era Niger, o “negro”. Un escritor explica: “Es posible que Simón hay sido un judío que vino a Jerusalén para la pascua, pero parece más probable que este cireno era un negro oriundo del Norte de África ... el honor fue encomendado a un judío y no a un gentil”. Pero si vamos a enfatizar esta cuestión de su color, ¿qué haremos con el nombre de su hijo Rufo, a saber, “rojo”?

Sea como fuere, creemos que hay suficiente para dar a entender que el hombre que de una manera maravillosa y en la providencia de Dios tuvo su encuentro con el Señor Jesús cerca de la puerta de Jerusalén, y fue obligado a cambiar de rumbo y llevar la cruz hasta Gólgota, quedándose sin duda para observar la crucifixión, llegó a ser un seguidor devoto de Aquel cuya cruz cargó. Nadie más tendrá el honor de llevar aquella cruz, pero tomemos nosotros la nuestra cada día para seguirle a Él; Lucas 9.23: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame”.

Los doce discípulos / apóstoles

Es evidente que el Espíritu Santo ha presentado las biografías de los grandes personajes del Antiguo Testamento en mucho más detalle que las de personas destacadas del Nuevo Testamento. A lo largo de siglos se han podido escribir tomos sobre los patriarcas y personajes como Moisés y David, pero nos llama la atención la poca información ofrecida sobre aquellos que acompañaron a Jesús. Es así especialmente en cuanto a aquellos entre los doce cuyos nombres figuran en las listas después de los de Pedro, Jacobo y Juan. Al efecto, este último dice que “hay también otras muchas cosas que hizo Jesús”, Juan 21.25.

Una razón por qué tan poco fue registrado sobre algunas personas destacadas del Nuevo Testamento es que este tomo expone de una manera especial la vida de Uno cuya historia terrenal debe ocupar el lugar supremo a exclusión de todos los demás. El propósito divino es que no veamos a ninguno sino a Jesús solo. Pedimos que Dios permita que las anotaciones que siguen, ayuden en nuestra apreciación del Señor y nos conduzcan a un entendimiento mayor de las lecciones a ser aprendidas por nosotros de las vidas de los varones que eran compañeros terrenales de nuestro Salvador.

Fue después de una noche dedicada a la oración que los escogió. “Fue al monte a orar, y pasó la noche orando a Dios. Y cuando era de día, llamó a sus discípulos, y escogió a doce de ellos, a los cuales también llamó apóstoles”, Lucas 6.12,13. “Llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar”, Marcos 3.14.

Vemos la soberanía divina en este nombramiento: Él llamó a quienes quiso, y ellos vinieron. Fueron llamados, escogidos y establecidos. Ninguno rechazó. Nuestro Señor deseaba su

compañerismo: “para que estuviesen con él”. Deseaba también su servicio: “para enviarlos a predicar”.

Un apóstol es uno enviado. Estos señores fueron llamados y enviados de una manera especial por el Señor mismo; eran los primeros predicadores de las buenas nuevas del evangelio. Procedieron del pueblo común, no de los ricos ni de los judíos influyentes. Eran galileos en su mayoría, “hombres sin letras y del vulgo”, pescadores del Lago Tiberias.

Uno era publicano, o recaudador de impuestos en el empleo de los romanos, un cargo que los judíos despreciaban agudamente. Otro pertenecía a un partido político. La elección de estos hombres hace recordar que no muchos sabios según la carne, ni muchos poderosos, ni muchos nobles son escogidos; 1 Corintios 1.26. Solamente uno de ellos era de Judea, de donde procedió Jesús según la carne.

La primera mención del núcleo está en Mateo capítulo 10, donde encontramos tres expresiones relativas a los apóstoles de nuestro Señor. El versículo 1 habla de “los doce discípulos”, el 2 de “los doce apóstoles” y el 5 de simplemente “estos doce”. Cuatro veces figuran juntos sus nombres: una vez cada uno en Mateo, Marcos y Lucas, y en Hechos donde, por supuesto, falta la mención del Iscariote. Cada lista comienza con Pedro. Siguen Jacobo, Juan y Andrés, pero no siempre en la misma secuencia.

Los doce fueron nombrados temprano en el ministerio del Señor. Los llamó en su juventud; difícilmente había muchos entre ellos que habían cumplido los treinta años cuando el Señor los apartó para conocerle más y servirle mejor. Este detalle debe proporcionarnos una lección importante.

Más adelante Él les dio autoridad sobre los espíritus inmundos, y para sanar toda enfermedad; Mateo 10.1. Posteriormente dio a uno solo las llaves del reino de los cielos, 16.19. Poco antes de su muerte, les prometió el Espíritu Santo. Una vez resucitado, ratificó su llamamiento: “Como me envió el Padre, así también yo os envío”, Juan 20.21.

Se ve que había muchas diferencias de carácter y actividad entre ellos. Pedro, Jacobo y Juan ocupan un lugar de mayor prominencia que los demás, y a veces gozan de privilegios no concedidos a los otros nueve. Esta diferencia de dones y ministerios continuó después del regreso del Señor a los cielos, cuando ni se mencionan algunos de los apóstoles. Por esta razón tendremos más que escribir sobre unos que otros.

Vamos a ver los doce en la secuencia en que les encontramos en Mateo capítulo 10.

Simón Pedro, un hombre sobresaliente

En el primer capítulo de Juan aprendemos acerca del encuentro entre Pedro y el Señor Jesús.

El Cefas

Andrés, hermano de Simón Pedro, había pasado cierto tiempo con el Señor en el lugar donde Él moraba. Tanto le impresionó la visita que Andrés “halló primero a su hermano Simón ... y le trajo a Jesús”. Cuánto hay en este breve anuncio, se revela en todo lo que sucedió en los años subsiguientes. Esta presentación al Señor transformó la vida de Simón, capacitándolo a servir al Hijo de Dios y, según cuenta la historia seglar, esa vida terminaría en martirio.

Leemos en esta introducción: “Y mirándole Jesús ...” Es una palabra fuerte; no quiere decir que Jesús vio lo que estaba allí, sino que lo contempló cuidadosa e intensamente. Pronunció su decisión: Tú eres Simón (una piedrita), pero serás llamado Cefas (una piedra). Nuestro Señor percibió por poder divino el carácter del hombre.

Comentaremos más de una vez en estas reseñas que Él no tenía necesidad de que nadie diese testimonio, pues sabía lo que había en el hombre; Juan 2.25. Así era, y así será. Viene día

cuando nuestro Señor aclarará lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; los nuestros, por ejemplo; 1 Corintios 4.5.

Sólo por el nombre de Simón Barjonás (“hijo de Jonás”) se conocía a este hombre antes de su presentación al Señor, pero de allí en adelante se refiere a él a menudo como Simón Pedro, el nombre que él emplearía también en su segunda epístola.

En el Evangelio según Juan leemos diecisiete veces de *Pedro* y otras tanto de *Simón Pedro*. No leemos que el Señor le haya llamado *Simón Pedro*, pero al reprenderle le llamó *Simón* y en otra ocasión dijo, *Simón, Simón*. En Lucas 22.34, cuando nuestro Señor le advirtió de la terrible negación que él haría en breve, le dijo: “*Pedro*, te digo ...”, empleando el nombre que simboliza fuerza y estabilidad.

El comisionado

Así, es la pluma de Juan que cuenta la primera mirada y la primera declaración del Señor a Pedro. Simón nunca se olvidaría de la una ni de la otra. Sólo Juan relata este incidente por demás interesante, y tenemos que buscar en otra parte para el próximo encuentro registrado para nuestra instrucción. Fue otro momento que el pescador galileo no olvidaría; a saber, su comisión al servicio del Señor.

Lucas relata que el Maestro estaba junto al lago de Genesaret, 5.1. Después de las escenas narradas en el primer capítulo de Juan, estos pescadores volvieron a sus redes y barcas. Mucho había sucedido en el ministerio del Señor desde que Juan, Andrés, Pedro y otros tuvieron sus respectivos encuentros iniciales con Jesús. Lucas repite la orden dada a Simón: “Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar”. Y también la confesión: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. La respuesta fue: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres”. Al traer a tierra las barcas, Pedro y los hijos de Zebedeo dejaron todo y siguieron a Jesús.

La historia de Pedro llega a estar asociada íntimamente con la de su Maestro. Participa de su humillación, los viajes cansones de día y la soledad del campo de noche. A veces padecían hambre, no llevando consigo comestibles para el camino, bolsa para dinero, ni una segunda túnica. Todo esto estaba en contraste con la comodidad del hogar de un hombre casado y la libertad de acción de un pescador.

Sus epístolas están repletas de referencias a sus experiencias, o las frases que escuchó en sus años formativos; se las ha llamado las reminiscencias del apóstol. Por ejemplo: “ceñid vuestros lomos”, “piedra viva”, “testigo de los padecimientos de Cristo”.

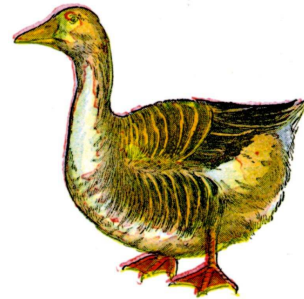
El líder

Entre los doce apóstoles ninguno estaba tan a la vista como Pedro. En Mateo 10.2 leemos de “primero Simón”. Él no era el primero; tanto Juan como Andrés fueron llamados antes de él. La idea es que era el más prominente a causa de su carácter. Por lo general el Señor se dirigía a él como representante de los doce, y a menudo Pedro contestaba como portavoz de todos. Posteriormente, cuando se hace mención de los apóstoles como un conjunto, el lenguaje empleado es “Pedro” o “Pedro y los once”. Cuando Saulo de Tarso viajó a Jerusalén, fue “para ver a Pedro”, Gálatas 1.18.

Él era presto a hablar, y a veces de una manera impetuosa. Cuando cierto joven se acercó al Señor pero hizo ver que no estaba dispuesto a vender todo lo que tenía y seguir a Jesús, Pedro se adelantó a decir: “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido”. La respuesta de nuestro Señor fue que muchos primeros serían postreros, y los postreros, primeros. Este pronunciamiento dejó al discípulo con algo que meditar. Esta irreflexión dejó a Pedro expuesto a riesgo más de una vez, y algunas de sus declaraciones imprudentes se debían a la confianza propia. Por ejemplo—

- Aunque me sea necesario morir contigo, no te negaré. Mateo 26.35
- Aunque todos se escandalicen, yo no. Marcos 14.29
- Señor, dispuesto estoy a ir contigo no sólo a la cárcel, sino también a la muerte. Lucas 22.33
- Señor, ¿por qué no te puedo seguir ahora? Mi vida pondré por ti. Juan 13.37.

Creemos que Pedro era sincero. La hipocresía era ajena a su naturaleza; la raíz de su problema estaba en que confiaba en su propio corazón. Dios dice que el hombre que hace eso es necio; Proverbios 28.26



De nuevo el atrevido Pedro comete un grave error en el monte de los Olivos. Tan contento estaba por ver al Señor en su gloria y rodeado de personajes distinguidos, que de una vez propuso: “Hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías”. Pobre Pedro quiso poner a su Señor al mismo nivel de sus criaturas.

En el Getsemaní encontramos a Pedro en el acto de cometer otro hecho disparatado. “Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó”. Fue arrogancia y gran descuido.

Su impulsividad se ve también en el aposento alto. Pedro no puede ver a su maestro hacer en él la tarea de un criado, y exclama: “No me lavarás los pies jamás”, Juan 13.8. Una cosa loable en cuanto a este discípulo en este relato es que, al darse cuenta de su error, estaba muy deseoso de corregirlo. Pero fue al otro extremo. Su torpeza emanó de la profunda reverencia que tenía hacia el Señor.

¿Por qué escribió Juan el capítulo 21 del Evangelio que lleva su nombre, cuando parece haber terminado su narración con el capítulo 20? Cualquiera que sea la razón, nos ha mostrado el eslabón que había entre la terrible negación de parte de Pedro y su vida tan cambiada una vez resucitado el Señor.

Simón Pedro les dijo: “Voy a pescar”. Ellos le dijeron: “Vamos nosotros también contigo”. Los apóstoles habían ido a Galilea en respuesta a la orden que el Señor les había dado, y ahora siete de ellos se encuentran juntos cuando Pedro hizo saber su propósito.

Algunos dirían que hizo bien, pensando que sería correcto buscar sustento por trabajo honesto. Otros opinan que mejor fue ocuparse en la pesca que quedarse ocioso. Pero estas ideas no apuntan al blanco. Lo que sucedió fue que los discípulos se cansaron de esperar. Pedro no había sido restaurado aún, y él revirtió a su actividad de antaño. Dijo, “Voy”, y otros, “Vamos”. El líder conduce los demás por sendas del alejamiento. El Señor no estaba en el asunto, y nada lograron.

Y con esto, la restauración del gran hombre.

El restaurado

La vida de Pedro se divide en dos capítulos mayores, por lo menos: antes y después de la ascensión del Señor. En la primera parte lo vemos como el apóstol impetuoso, aunque a la vez un seguidor bien intencionado. Luego hubo el tiempo que pasó a solas con el Señor después de su resurrección. No sabemos dónde ni exactamente cuándo esto tuvo lugar, pero sí sabemos que, “Ha resucitado el Señor verdaderamente, y ha aparecido a Simón”. No obstante, podemos afirmar por qué se realizó la entrevista: fue la restauración de Simón, y el Espíritu ha tenido a bien correr el velo para que no sepamos los detalles.

Los apóstoles ocuparon el período entre la ascensión y el Día de Pentecostés en el aposento

alto, donde perseveraban unánimes en la oración y ruego. De nuevo, Pedro asume el liderato: “En aquellos días Pedro se levantó en medio de los hermanos”.

El propósito de su discurso fue el de recomendar medidas inmediatas para llenar el vacío causado por la muerte de Judas. Habló de la calificación necesaria para ese oficio sagrado: haber estado juntos con los demás todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre ellos. Algunos piensan que este precedente carecía de autorización; que si él hubiera esperado, Dios hubiera llenado el cargo vacante con el nombramiento de Saulo de Tarso. No lo creemos; Pablo era un apóstol, pero su comisión como tal fue de un todo diferente a la de los doce.

El liderato de Pedro se manifiesta de nuevo en el Día de Pentecostés. En Hechos capítulo 2 lo encontramos puesto en pie con los once, dando su primer discurso público. Él responsabilizó a sus oyentes con la muerte de Jesús de Nazaret y dio testimonio al cumplimiento de las Escrituras en la resurrección y ascensión del Señor Jesucristo. Son palabras de un Pedro enteramente restaurado y nos impresiona la sabiduría de este pescador convertido. Su discurso fue agudo y valiente; nada de vacilación vemos ahora.

¿A qué se debe el cambio? El hombre que antes estaba lleno de sí, está lleno del Espíritu Santo, y el resultado es un clamor entre sus oyentes: “Varones hermanos, ¿qué haremos?” Ellos “recibieron su palabra”, y unas tres mil almas fueron añadidas a la Iglesia recién formada.

Pedro y Juan continuaron juntos, prominentes en el servicio apostólico después de Pentecostés. Leemos “Pedro y Juan ...” cinco veces en los primeros capítulos de Hechos, y de veras formaron una pareja digna. Criados en el mismo pueblo, habiendo sido socios en su oficio —Lucas 5.10— ellos eran amigos antes de ser discípulos de Jesús. Fueron Pedro y Juan que el Señor seleccionó para reservar el aposento alto para la celebración de la última pascua. Luego los dos estaban juntos en la casa del sumo sacerdote. A la orilla del lago fue Pedro quien se interesó por el bienestar de Juan, preguntando: “¿Y qué de éste?”

Pedro y Juan corrieron juntos al sepulcro para encontrarlo desocupado. Alguien ha dicho que Pedro era la Marta entre los apóstoles y Juan la María. Es decir, Pedro era dinámico, activo y demostrativo; Juan era cauteloso y pensativo. Juan, por ejemplo, llegó primero al sepulcro pero dejó a Pedro entrar antes que él. Sus características opuestas hacían buen equilibrio.

El apercebido

El milagro a la entrada del templo proporcionó la oportunidad para el segundo discurso registrado. No fue menos poderoso que el primero, y el denuedo de Pedro queda evidente en las palabras, “... a quien vosotros entregasteis y negasteis”.

Se ha obrado un cambio en Pedro desde que él mismo negó a su Señor. Él no fue menos valiente al ser llevado ante los gobernantes y escribas. He aquí dos hombres sin letras pero desafiando a los líderes de la nación: “Gobernantes del pueblo, y ancianos de Israel ... vosotros crucificasteis ... Dios resucitó ... La piedra reprobada por vosotros ... ha venido a ser cabeza del ángulo”.

¡Qué sorpresa para estos inescrupulosos funcionarios ser acusados de haber rechazado la Piedra que Dios había puesto en Sion! Los presos se convirtieron en acusadores, y los jueces se quedaron convictos de un nudo hecho. Pedro y Juan reservaron para sí la última palabra: “Juzgad si es justo delante de Dios obedecer a vosotros antes que a Dios”. Pedro tenía esta respuesta preparada, y al entregarla no sólo expresó el sentir de sus consiervos sino expuso a la vez un principio para nuestra conducta.

El capítulo 8 de Hechos relata la visita de Pedro y Juan a Samaria y la manera en que fue

usada de Dios para revelar la verdadera condición de Simón el mago. El desnudo típico de Pedro queda evidente por la manera en que denunció al hombre impío. El poder del Espíritu Santo en Pedro detectó la falsedad en Ananías y Safira, como también el engaño en Simón, quien aparentemente había hecho una profesión de fe sólo con miras a una ganancia monetaria. También hoy en día la Iglesia precisa de la percepción espiritual que discierne a los hijos extraños.

En el capítulo 10 nuestro protagonista se encuentra en la casa de Cornelio, donde emplea la segunda llave que el Señor le había dado, esta vez para abrir la puerta de la fe a los gentiles.

El capítulo 12 narra el relato de su encarcelamiento y luego su libertad por obra de Dios. Llegamos al capítulo 15 y aprendemos de la reunión en Jerusalén que fue convocada para considerar la controversia sobre la circuncisión. “Después de mucha discusión, Pedro se levantó”. Jacobo refrendó las palabras de Pedro, y los judaizantes quedaron reprendidos.

El anciano

Es en Gálatas 2.11 al 16 que leemos de lo que era tal vez la única actuación negativa de este gran hombre una vez ascendido el Señor. No mucho después del acuerdo en Jerusalén, Pedro fue culpable de levantar lo que él mismo había derrumbado, negando en efecto lo que había convenido con sus hermanos en Hechos 15.

Posterior a la reunión en Jerusalén y el incidente mencionado en Gálatas, nada leemos de este apóstol hasta llegar a sus dos epístolas. En ellas nos damos cuenta de su gran firmeza. El que veintisiete años antes cayó en la zaranda del diablo, pudo escribir ahora: “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. Seis años más adelante, sus palabras son: “Oh amados, ... guardaos, no sea que arrastrados por el error de los inicuos, caigáis de vuestra firmeza”.

Si nada específico leemos en las Escrituras de sus viajes en los años de madurez, tampoco debemos dejar de observar dos detalles. (1) Su primera epístola fue dirigida a los creyentes expatriados en diversas provincias del imperio, y lleva saluciones de parte de la iglesia en Babilonia. (2) Años antes, Pablo había empleado a Pedro como ejemplo, preguntando si él no tenía derecho de viajar con una esposa, como hacía Pedro; 1 Corintios 9.5. Parece que la asamblea nueva en Acaya conocía a este apóstol, o por lo menos sabía de su ministerio en diversas partes.

Citamos las palabras de otro, y las aplicamos a Pedro: “Los defectos de uno se encuentran a menudo en la vecindad cercana a sus excelencias”.

No hay relato inspirado de la muerte de Pedro. Refiriéndose a Nerón, Jerónimo contó que: “Por este emperador él fue crucificado y coronado del martirio, su cabeza volteada hacia la tierra y sus pies en el aire, protestando que era indigno de morir al estilo de su Señor”. Cuando Crisóstomo leyó esto, dijo: “Bienaventurado el varón”.

Andrés, el conquistador de almas

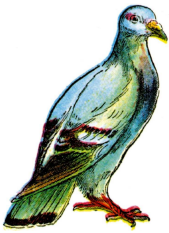
En cada mención de los doce, Andrés figura entre los primeros cuatro. Aprendemos de Mateo 4.18 y Juan 1.40, etc. que era hermano de Simón Pedro. Su nombre significa *varonil* o *fuerte*. Tal vez no tenía el coraje de su hermano, pero no se quedaba atrás en entusiasmo.

El pescador

Muy poco acerca de Andrés se nos dice fuera del Evangelio según Juan, y es éste quien relata la primera experiencia del hombre que nos interesa ahora.

En el capítulo 1 Andrés es presentado como discípulo de Juan el Bautista, pero al serle señalado el Cordero de Dios, dejó al Bautista y siguió a Jesús. Sin duda Juan sentiría la

pérdida de un alumno como éste, pero le complacería sobremanera verle seguir al Maestro. Nos agrada también su próximo paso, cuando dice: “Hemos hallado al Mesías”. No hay duda de que le aplica Proverbios 11.30: “El fruto del justo es árbol de vida; y el que gana almas es sabio”.



Andrés y Pedro eran pescadores. Se ha dicho que en un sentido espiritual Andrés era hábil en la pesca con caña, un pez a la vez, y Pedro con la red. Hay que admirar la paciencia del pescador de nylon y anzuelo; no todos pueden apresar centenares o miles a la vez. Es más: el que trabaja uno por uno suele sacar una mejor calidad, ya que la red arrastra toda clase de peces, tanto buenos como malos; Mateo 13.47,48.

Andrés dio con un buen pez cuando llevó su hermano al Señor; como consecuencia, tres mil más fueron alcanzados en otra ocasión; Hechos 2.41. Es un privilegio feliz para todo creyente en Cristo contar a otros del Salvador que ha encontrado. Andrés le encontró, y nació en él el deseo de que Pedro le conociera.

Humanamente hablando, ¿qué hubiera sucedido si este nuevo discípulo hubiera guardado silencio, mostrando un espíritu comunicativo como hacen tantos evangélicos hoy en día? Quién sabe si su hermano no hubiera vivido y muerto como pescador en el Lago de Genesaret. Mejor sería para la Iglesia si más seguidores de Jesús fuesen como Andrés.

Él no resolvió ser predicador, sino simplemente testificó del Salvador que había encontrado. Nada se dice de que haya recibido grandes aplausos por haberse comunicado con Pedro. Su “buen siervo y fiel” le espera para un día todavía futuro, pero podemos confiar en que su interés le fue recompensado con creces durante su período de servicio terrenal, aun en el solo hecho de ver el producto de las labores de su hermano más prominente que él. Hasta donde las Escrituras relatan el caso, Simón dejó atrás a Andrés en la obra del Señor, pero nada cambió el hecho de que fue éste que ganó aquél para Cristo.

El intermediario

En la narración interesante de Juan capítulo 6, nuestro Señor pregunta a Felipe dónde podrían comprar para dar de comer a la multitud. Este contestó que doscientos denarios de pan no bastaría para tantas personas. Pero Andrés interviene para decir que un muchacho presente tiene cinco panes de cebada y dos pececillos. Y añade: “Mas, ¿qué es esto para tantos?”

La respuesta de Felipe evidencia una falta de fe en lo que el Señor podía hacer. Más o menos un año antes de esto Felipe probablemente asistió las bodas en Caná de Galilea (¿Se casó uno de estos discípulos?) y vio que el Señor suplió el vino que hacía falta. La pregunta de nuestro Señor dirigió los pensamientos de Felipe hacia el pan, y él razonó en función de comprarlo. No vio más allá de los recursos naturales.

La contribución de Andrés fue poco superior. Él dejó al Señor fuera del cuadro, viendo sólo al muchacho. Pero por lo menos se interesó por la pregunta sobre dónde adquirir lo necesario. Investigó y se interesó por saber con qué contaban, y bueno hubiera sido limitarse a lo que sabía de los panes y peces, sin expresar duda sobre su suficiencia. Al decir, “¿Qué es esto para tantos?” se colocó entre los incrédulos como Felipe. Da la impresión que Andrés dudaba del poder de Jesús.

Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro; Juan 1.44. Cuando ciertos griegos dijeron a Felipe, según cuenta Juan 12.20 al 22: “Señor, quisiéramos ver a Jesús”, éste acudió a Andrés. Se nota la amistad entre los dos. Eran del mismo pueblo; tenían nombres griegos; cada uno ganó a otro: Andrés a Simón, y Felipe a Natanael.

Estos hombres hacían buena pareja. ¿Por qué informó Felipe a Andrés en vez de ir

directamente al Señor y decirle que una gente quería hablar con él? No se nos dice. Posiblemente una razón sea que el Señor les había mandado a no ir por camino de los gentiles. Felipe, confiando en su colega, lo consulta. No sabemos cómo fue la conversación entre ellos, pero parece que no sabían qué hacer, y posiblemente Andrés sugirió plantear el asunto ante el Maestro. Hay una lección en esto; cuando no sabemos cómo proceder, vayamos al Señor y expliquémosle el caso.

El alumno

En Marcos 13.3 se hace mención de Andrés con tres más de Betsaida: Pedro, Jacobo y Juan. Están en conversación con el Señor en el monte de los Olivos, y le preguntan aparte: “¿Cuándo serán estas cosas? ¿Qué señal habrá cuando todas estas cosas hayan de cumplirse?” Ellos tenían un sano interés por saber qué tiene Dios en mente para este pobre mundo.

Andrés se perfila, entonces, como evangelista en Juan 1; como un hombre de reacciones semejantes a las nuestras, actuando a veces por lo que veía y no por fe, en Juan 6; uno que tenía la confianza de su consiervo en Juan 12; y, en Marcos 13, un creyente que sabía que hay mejores cosas por delante.

Jacobo, hijo de Zebedeo

Encontramos en el Nuevo Testamento varios hombres con el nombre traducido como *Jacobo*, o su equivalente *Santiago*, y hay diferencias de opinión sobre cuántos son. Algunos lectores distinguen cuatro y otros cinco. Hay tres como mínimo—

- Jacobo hijo de Zebedeo, Mateo 4.21
- Jacobo hijo de Alfeo, llamado también Jacobo el menor, 10.3
- Jacobo hermano del Señor, 13.55

No es difícil distinguir al apóstol Jacobo, ya que nunca se le menciona aparte de sus hermanos, aun en la muerte. Leemos en Hechos 12 que Herodes mató a espada a Jacobo, hermano de Juan.

Hermano de Juan

Todo lo que sabemos de este apóstol está en los tres evangelios sinópticos y dos referencias en Hechos. Juan nunca hace mención de su propio nombre ni de sus hermanos en la carne. Cuando se los menciona aparte de otros discípulos —son nueve las veces— el nombre de Jacobo siempre precede el de Juan. Por cuanto leemos de “Jacobo hijo de Zebedeo, y Juan su hermano”, podemos entender que Jacobo era el mayor. Nunca se habla de él solo, sino en compañía de Juan, o ellos dos con Pedro.

El capítulo 1 de Juan incluye el relato del encuentro de Andrés con su hermano Pedro y la presentación de éste a Jesús. Dice que le oyeron hablar dos discípulos, y uno de ellos era Andrés. El apóstol Juan es, sin duda, el discípulo que no está nombrado, pero nada se dice directamente de él en todo el relato, ni de Jacobo su hermano.

Un escritor ha observado: “Andrés, como el primero de los discípulos mencionados, busca a su propio hermano, conduciéndonos a pensar que Juan, como el segundo de la pareja, hizo lo mismo con el hermano suyo”. Si fue así, Juan le da el crédito a Andrés como habiendo fijado la pauta. Sea como fuere, Jacobo y Juan recibieron juntos su llamamiento al servicio, siguiendo de inmediato al llamamiento de Pedro y Andrés; Mateo 4.18 al 22.

Los Boanerges

Por cuanto estos, Jacobo y Juan, están muy vinculados entre sí, poco se puede decir acerca

de Jacobo solo. Sin embargo, proponemos escribir más ampliamente sobre el hermano renombrado, y por tanto haremos algunos comentarios ahora acerca de ellos como pareja.

Marcos revela en el 3.17 que el Señor les dio un apellido: “Boanerges, esto es, hijos del trueno”. Este distintivo no figura en otra parte, ni es aplicado a uno solo. No se nos dice en qué ocasión recibieron el título, y hay diferencia de opinión sobre el porqué del mismo. Tal vez tenían voz fuerte, a semejanza del trueno, o quizás predicaban con gran celo. Por ejemplo, una vez prorrumpieron: “Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo?” Dudamos que este apellido haya sido para reprocharlos, sino a causa de alguna característica que se veía en ellos.

Por cuanto Jacobo era el mayor, uno se pregunta si él promovió el asunto triste que está registrado en Marcos 10.35,36: “Maestro, queríamos que nos hagas lo que pidiéremos”. Mateo afirma que la madre de ellos tomó la iniciativa y fue su portavoz, pero aun así es evidente que estos hermanos buscaban su bien propio y anhelaban la primacía.

No podemos negar que esta es una mancha sobre el testimonio de Jacobo y Juan. Si ha podido ser así con dos del círculo íntimo del Señor, ¿no habrá en esto un mensaje para nosotros? Cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla será enaltecido; Lucas 18.14. Pablo sabía vivir humildemente, y sabía tener abundancia —Filipenses 4.12— pero pocos de nosotros hemos aprendido. La envidia es carcoma de los huesos; Proverbios 14.30.

Noble mártir

Jacobo es el único de los once de cuya muerte tenemos un comentario inspirado. Murió un mártir por la fe. Herodes el rey le mató a espada; Hechos 12.2. Juan el Bautista había sido decapitado por su fidelidad, y bien podemos pensar que Jacobo dio su vida por la misma causa. Nos llama la atención la brevedad del aviso, máxime cuando Jacobo haya sido el primero de los apóstoles a pasar de esta vida, Judas Iscariote aparte.

¿Por qué ofrece Lucas tanto comentario sobre el caso de Esteban (Hechos 7), pero se limita a decir que este siervo de Dios fue muerto a espada? (Probablemente fue decapitado). Lucas habrá sabido más, pero nada relata de los últimos años de Jacobo, su arresto y enjuiciamiento. La respuesta puede ser simplemente que no había en el caso ninguna lección nueva. Bien sabría el excelentísimo Teófilo que muchos creyentes fieles habían sido “apedreados, aserrados, puestos a prueba y muertos a filo de espada”, al decir de Hebreos 11.

El caso del primer mártir, Esteban, fue distinto por cuanto su muerte condujo de inmediato a la expansión de la Iglesia. Jacobo murió en la misma obra, y Pedro fue encarcelado como resultado de la misma ola de persecución; Herodes, “viendo que esto había agradado a los judíos, procedió a prender también a Pedro”.

En todo esto vemos el cumplimiento de las palabras del Señor a Jacobo en Mateo 20.23: “De mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados”. Que aprendamos, pues, que el discípulo no es más que su maestro, ni el siervo más que su señor.

Juan, el apóstol amado

Jacobo y Juan eran hijos de un pescador del Genesaret. Su madre era Salomé, una de las mujeres galileas que ministraban a Jesús. Posiblemente era hermana de la madre de Jesús, pero de todos modos suficiente se dice de ella para que sepamos que era una mujer espiritual, no obstante la ambición carnal que manifestó al pedir que sus hijos se sentaran al lado del Señor en el reino.

La familia contaba con recursos suficientes como para emplear jornaleros, y aparentemente era conocida al sumo sacerdote, ya que a Juan le fue permitido entrar en el palacio la noche

en que Jesús fue sometido a juicio. Logró permiso para que Pedro entrara también.

Encuentro y llamamiento

Este apóstol creyó bajo la predicación de Juan el Bautista y más tarde dejó a éste para seguir a Jesús. Fue uno de los primeros entre los que el Señor llamó y fue el último de los doce a ser recibido arriba en gloria. Entendemos que vivió muchos años después de sufrir los demás una muerte violenta.

Por cuánto tiempo era discípulo del Bautista, no se nos informa, pero un día su mentor señaló a Jesús como el Cordero de Dios y el resultado fue que dos de los que le acompañaban “le oyeron hablar ... y siguieron a Jesús”. El Bautista reconocía que él tenía que menguar y dar lugar a Jesús, y estamos seguros que se contentaba grandemente al saber que ahora dos de sus alumnos seguían las pisadas del Maestro. Uno de ellos fue Andrés, y sin duda el otro fue este segundo hijo de Zebedeo.



Oyendo que se acercaban, Jesús les dijo: “¿Qué buscáis?” Estas son las primeras palabras pronunciadas por el Señor en la historia de su vida según la narra el mismo Juan, y hay mucho involucrado en la pregunta. Aquellos dos fueron invitados a conocer el lugar donde el Señor moraba.

Se ve que la entrevista fue larga, ya que se quedaron con Él aquel día. Jamás se olvidarían de esas horas, y mucho habrán aprendido acerca de su anfitrión. El Evangelio según Juan se caracteriza por relatos sobre conversaciones con el Señor, pero de ésta no sabemos los detalles. Juan vio cara a cara al Cordero de Dios y muchos años después escribiría en el Apocalipsis sobre éste, empleando varias veces este mismo título.

La próxima cosa que leemos es que Andrés halló a su hermano Pedro y lo condujo a Jesús. Al escribir sobre la vida de Jacobo, citamos a otro: “Andrés, como el primero de los discípulos mencionados, busca a su propio hermano, conduciéndonos a pensar que Juan, como el segundo de la pareja, hizo lo mismo con el hermano suyo”. Si fue así, Juan le da a Andrés crédito por haber actuado primero en la evangelización personal.

Es acorde con el carácter de este hombre dar la primacía a otro. Vale notar que en el Evangelio que lleva su nombre, Juan nunca menciona su propio nombre ni el de su hermano Jacobo. El caso es que, al salir por la puerta de la residencia de Jesús, se apresuró a informar a un pariente cercano de su gran encuentro: “Hemos hallado al Mesías”.

Su primer encuentro con el Señor tuvo lugar “al otro lado del Jordán” y el próximo al lado del lago de Galilea. Qué lapso hubo entre las dos ocasiones, no sabemos. Para manifestar su poder a los cuatro socios de pesca — Pedro, Andrés, Jacobo y Juan — el Señor llenó la red primeramente, y en seguida les llamó a un servicio mayor. “Desde ahora serás pescador de hombres”, fue el anuncio en Lucas 5.10.

Los cuatro, “dejándolo todo, le siguieron”. Hay en estas palabras un mensaje para todo aquel que quiere ser pescador de hombres en el día de hoy.

Quien Jesús amaba

Es evidente que Juan contaba con capacidades naturales, pero nada hace pensar que él hubiera salido de la oscuridad si el Señor no lo hubiera llamado. El Señor Jesús desarrolló el don que Juan tenía. Si bien se observa que este discípulo no tenía la capacidad de liderazgo que le caracterizaba a Pedro, y tal vez no era tan robusto como algunos de sus compañeros, es obvio que desempeñó un papel clave en el grupo.

Lucas capítulo 9 proporciona dos ejemplos de su carácter como hijo del trueno: primero, fue él quien expresó la protesta contra uno que “no sigue con nosotros;” y, fueron él y su

hermano que sugirieron pedir fuego del cielo para consumir a los samaritanos. Era de un temperamento modesto pero dejaba ver sus sentimientos cuando se presentaba la oportunidad. Pedro se destacaba en palabra e iniciativa; era dinámico. Juan, en contraste, tenía gran influencia en su silencio relativo; era sosegado.

El corazón humano nunca se satisface, y esto lo vemos en el amado Juan, quien aspiraba sentarse a la derecha del Señor en la gloria; Marcos 10.37. Esta ambición se originó, no lo dudamos, en los dos hermanos, aun cuando Mateo relata que fue la madre que lo comunicó mientras ellos guardaban silencio. Es la ocasión sobresaliente de evidencia de orgullo en quien no esperábamos encontrarlo; queda manchada una buena hoja de servicio de uno de quien esperábamos mejores cosas. El nombre de este hombre quiere decir “don de Dios”, pero esta ambición no vino del Padre de luces.

Tomando todo esto en cuenta, nos llama grandemente la atención que él haya sido el discípulo a quien Jesús amaba: 13.23, 20.2 y 21.7,20. Cualesquiera que hayan sido sus debilidades, Juan sería el discípulo que se recostaría al lado de Jesús en la última cena. Él amaba a su Señor.

Uno de doce y de tres

En las listas de los doce escogidos, Juan es el tercero o cuarto, siempre después de Andrés o Jacobo. Él llevó a cabo los propósitos del Señor para los doce: estar con Él; salir a predicar; sanar enfermos y echar fuera demonios. Durante el ministerio terrenal del Señor se encuentran ligados los nombres de Pedro, Jacobo y Juan, pero después de la resurrección y ascensión le encontramos con Pedro solamente.

Decimos que era uno de tres porque—

- (Jesús) no permitió que le siguiese nadie sino Pedro, Jacobo, y Juan hermano de Jacobo, Marcos 5.37 (la resurrección de la niña)
- Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y les llevó aparte a un monte alto, Mateo 17.1 (la transfiguración)
- Tomando a Pedro, y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse, Mateo 26.37 (Getsemaní)

Si bien el Señor designó a doce para que estuviesen con Él, es evidente que estos tres gozaban de una comunión más íntima con Él que el resto del grupo; eran sus discípulos de confianza. Le acompañaron en la casa de luto; vieron con sus propios ojos su majestad, 2 Pedro 1.16; y le acompañaron — pero sólo a medias — en el Getsemaní.

El Calvario y después

Ya no son los doce ni los tres. En el momento de la muerte el Señor necesita de los suyos, pero, hasta donde sabemos, puede contar sólo con el coraje de un grupo de damas y la constancia de Juan.

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofas, y María Magdalena. Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí tu madre”. Juan 19.25,26

El Señor dio el uno al otro, como se hace en una ceremonia de bodas. En seguida Juan quitó a María de esa escena conmovedora donde la espada traspasó su misma alma, Lucas 2.35, y la llevó a Jerusalén. De allí en adelante el hogar del discípulo sería también el de esa señora. Parece que Juan hizo esto de una vez y regresó apresuradamente al Calvario, porque al escribir del costado traspasado dice: “El que lo vio da testimonio, y su testimonio es verdadero”.

Este evangelista nos conduce directamente a la sepultura del cuerpo del Señor en el primer día de la semana; Juan 20.1. María Magdalena fue quien les dio a Pedro y Juan el primer aviso de la resurrección. Cómo estos dos se encontraron juntos de nuevo, no se dice. Tal vez Pedro buscó al amado Juan al secarse las lágrimas de arrepentimiento y restauración. Este, hombre fiel y amoroso, no guardaría rencor hacia su impetuoso colega, íntimo consiervo suyo que tres veces había negado a su Señor.

Los dos acuden de una vez al sepulcro y Juan llega antes de Pedro, quizás por ser más joven. Lo espera, manifestando de nuevo su disposición de dar el primer lugar a otro. Pedro, acorde con su carácter, entra en el sepulcro y Juan lo sigue. Parado dentro de la cueva, Juan percibe la situación de una vez. La verdad le fue revelada; él “vio y creyó”. Pedro vio, pero Juan creyó también.

Después de la resurrección

Todos los once tuvieron el privilegio de ver al Señor después de la resurrección. Entre las varias ocasiones en que Él se manifestó, Juan jugó el papel clave en una por lo menos. Siete de los discípulos habían ido a pescar pero no lograron nada. Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa, pero los discípulos no sabían que era Jesús. Una vez que dio el orden, ellos sacaron una gran cantidad de peces, y es muy posible que Juan haya recordado un acontecimiento similar que tuvo lugar en ese lago tres años antes.

Enseguida él exclamó a Pedro: “¡Es el Señor!” y este discípulo impulsivo no necesitaba más estímulo. Se ciñó la ropa y se echó al agua. De nuevo, Juan sabía primero pero Pedro actuó primero. Cada cual asumió responsabilidad pero a su manera distintiva.

Una vez que Pedro estaba plenamente restaurado, él recibió al lado del lago la comisión: “Apacienta mis corderos”. Mirando a Juan, Pedro preguntó: “¿Y qué de éste?”

Hay diferencia de criterio sobre el motivo detrás de la pregunta. Algunos piensan que él actuó bajo un impulso de la carne, pero parece más bien que manifestó un interés sincero en el bienestar de su consiervo. Pedro temía acaso su íntimo amigo iba a sufrir un fin cruel, como el Señor había anunciado para Simón. Pero de todos modos la pregunta dio lugar a una reprensión: “¿Qué a ti?” Todos tenemos que aprender la lección: el destino de otro no es asunto de uno, sino cada cual debe seguir al Señor por sí.

El Día de Pentecostés viene y va. Se destaca el nombre de Juan en los primeros capítulos de Hechos. Le encontramos participando en acontecimientos importantes, como la serie de oración continua en el aposento alto y luego la predicación ante la multitud pentecostal.

Ellos fueron al templo a la hora de la oración y fueron usados en la curación milagrosa de un hombre cojo que estaba a la puerta. Fueron puestos presos; hasta donde sabemos, fue la primera vez que vieron el interior de una cárcel. Sigue el relato de cómo fueron sueltos, su excelente defensa ante el concilio y su obra evangelística contra viento y marea.

En cada mención de Juan en Hechos, él se encuentra con Pedro y este último asume la parte más prominente. Estaban juntos en el aposento, en el templo, en la cárcel y en el viaje a Samaria. Esta amistad comenzó cuando pescaban juntos en Galilea y continuó ininterrumpida a lo largo de sus años de servicio por el Señor. Es un ejemplo para los que le sirven en nuestros tiempos.

Dejamos a Pedro y Juan en Samaria en Hechos capítulo 8, pero encontramos el nombre del segundo una vez más en el libro: “... y mató a espada a Jacobo, hermano de Juan”. Luego este apóstol desaparece de vista hasta que llegamos al libro del Apocalipsis, excepto por una referencia agradable a él en Gálatas 2.9: “Jacobo, Cefas y Juan, que eran considerados como columnas”. Esta es la mención honorable que Pablo les da a tres que estaban en Cristo antes de él.

En Patmos

Sesenta y dos años pasaron entre la visita a Samaria en Hechos 8 y la visión que Juan recibió, que nosotros llamamos el Apocalipsis. Muchas han sido las sugerencias sobre las actividades suyas en el intervalo, pero nada se puede decir con certeza. Parece que estuvo un tiempo en Jerusalén y luego vivió en Éfeso u otra parte de la provincia que se llamaba Asia. Sea como fuere, el registro inspirado consta que se encontró en Patmos por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo. Esta es una pequeña isla rocosa en el Mediterráneo a unos noventa kilómetros al suroeste de la ciudad de Éfeso.



Cuando dice que esto fue por causa de la palabra y el testimonio, no dudamos de que él fue desterrado a esa isla solitaria por predicar el evangelio y ser fiel a Dios y su Palabra. La tradición es que hubo el intento de matarlo en aceite hirviente; si fue así, Dios intervino y dispuso otra cosa.

Juan fue designado como el escritor del libro profético del Nuevo Testamento, la Revelación de Jesucristo. Su firma, *Yo Juan*, figura al comienzo y al final, 1.9 y 22.8, y a diferencia de su Evangelio, él no rehúsa el *yo* en la narración de sus experiencias.

El año fue 96, aproximadamente — mucho después de la muerte de los demás discípulos y apóstoles — y la ocasión fue “el día del Señor”, 1.10. Sólo en este versículo se hace referencia de esta manera al primer día de la semana.

Felipe, el quinto apóstol

Llamamos a Felipe el quinto apóstol porque su nombre figura en el quinto lugar en cada una de las listas. En Mateo 10 y Lucas 6 la secuencia es Pedro, Andrés, Jacobo, Juan y Felipe; en Marcos 3 y Hechos 1 es Pedro, Jacobo, Juan, Andrés y Felipe. Es razonable pensar que Felipe sea el quinto en Juan capítulo 1 también, tomando en cuenta que Juan figura allí como uno de dos no nombrados. La secuencia parece ser Andrés, Juan, Pedro, Jacobo (tampoco nombrado), Felipe y finalmente Natanael.

¿Es una simple coincidencia, o hay una lección para nosotros? Tengamos presente que el número cinco significa la gracia y el poder de Dios en armonía. Significa a la vez la debilidad e insuficiencia del ser humano.

Veamos estos elementos en lo poco que la Biblia dice sobre Felipe. Leemos algo de su conversión y llamamiento, su mensaje para Natanael y su solicitud en el aposento alto.

Juan 1

Merece mención que el verbo *hallar* figura cinco veces en Juan 1.41 al 45 en relación con la conversión de los primeros discípulos—

- Andrés halló primero a su hermano Simón
- Le dijo: Hemos hallado al Mesías
- Jesús halló a Felipe
- Felipe halló a Natanael
- Le dijo: Hemos hallado a aquel ... a Jesús

Cuando el Señor halló a Felipe, le dijo, “Sígueme”, y la respuesta fue inmediata. Felipe, como Andrés, se regocijó por el encuentro y enseguida le cuenta a otro de su nuevo Mentor. Felipe fue hallado por Jesús pero dice a Natanael, “Hemos hallado”. Habla de “aquel de

quien escribió Moisés” y dice que más de uno lo ha encontrado. Parece que da a entender que él es ahora uno del grupo nuevo; no dice: “Yo encontré”.

Natanael no responde con entusiasmo, sino cuestiona que algo de bueno podría proceder de la región de Nazaret. Pero Felipe ha aprendido, y responde con las mismas palabras que su Señor había dirigido a los primeros dos en el versículo 39. Le dijo, “Ven y ve”. Felipe no razonó ni discutió; prudentemente, contestó la pregunta con una invitación.

Juan 14

Juan 14.8 nos descubre algo de los pensamientos de Felipe. “Señor, muéstranos el Padre, y nos basta”. Esto sucedió en el aposento alto, cuando Jesús había lavado los pies de sus discípulos y Pedro había sido advertido que negaría tres veces a su Señor. El Maestro avisa que les dejará, preparará lugar para ellos, y volverá. En este contexto, Tomás le pregunta: “¿Cómo podemos saber el camino?” y la respuesta que recibe da lugar al planteamiento del quinto apóstol: “Muéstranos el Padre”.

Da la impresión que Felipe no había captado el sentido de lo que el Señor le había dicho a Tomás: “Nadie viene al Padre, sino por mí. Si me conociereis, también a mi Padre conoceréis”. Felipe tardó en comprender esto de ver y conocer al Padre. Él pensaba, aparentemente, que si Jesús les dejara ver con sus propios ojos al Padre, entonces los discípulos estarían satisfechos con esta revelación hasta el día en que el Señor volvería para ellos.

Su comentario no le agradó al Señor: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me has conocido, Felipe?” Llena de gracia estaba esta respuesta. Estaba delante de sus ojos la visión que Felipe quería, y si él hubiera conocido más a su Señor, hubiera conocido más al Padre quien está revelado plenamente en Él.

“Señor, muéstranos el Padre”. Otro ha comentado que difícilmente se lee estas palabras de Felipe sin sentir que, cualquiera que haya sido el significado exacto de su solicitud, habría detrás de ellas el gemir legítimo de un hombre sincero. La humanidad misma encontró en Felipe su portavoz. Algunos gritan, algunos lloran y algunos gimen en silencio, pero el mundo clama: “Muéstranos el Padre”.

De veras, basta. La manera de verlo es en recibir al Hijo que el Padre envió; nadie viene al Padre, sino por Él. El que ha vista al Hijo, ha visto al Padre.

¡Que vea tu faz! Se aliviará la más pesada cruz.
Bien se ha de ver en todo mal, en cada noche, luz.
Veloz, los años correrán, en calma han de pasar;
Luego, el pesar dejado atrás, iré a mi eterno hogar.

Natanael Bartolomé, un hombre veraz

Generalmente se acepta que Bartolomé y Natanael son una y la misma persona. Este supuesto no deja de encerrar cierta duda, pero a la vez hay poca evidencia en contra. Mateo y Lucas se refieren a este discípulo como Bartolomé mientras Juan lo llama Natanael. En los primeros tres Evangelios el nombre de Felipe — quien llevó a Natanael al Señor — figura al lado del de Bartolomé.

Algunos escritores sugieren que Natanael debe ser considerado su nombre y que Bartolomé indica algún nexo familiar. *Bar* quiere decir hijo; el nombre significa “hijo de Tolomé”. No era cosa rara en aquella sociedad que uno recibiera nombre doble; Mateo es a la vez Leví, y Lebeo es también Tadeo y Judas.

En el relato breve en Juan 1.45 al 51, al cual hemos hecho referencia ya, hay tres puntos

acerca de Natanael que tal vez sean provechosos para mención: su llamamiento, carácter y confesión. Tomaremos nota también de la noche de pesca en Juan 21.

Su llamamiento

No se nos dice si este hombre era discípulo de Juan el Bautista. Probablemente lo era, y también compañero de Pedro, Jacobo, Juan y Andrés. Se nota que en Juan 1 la descripción del hombre es más amplia que las de los otros mencionados, y esto en contraste con lo poco dicho acerca de él en los capítulos subsiguientes.

Se ha dicho que Juan 1 es el capítulo de los hallazgos; véanse los versículos 41,43 y 45. No es sólo que Felipe halló a Natanael sino que Jesús ya lo había visto bajo la higuera.

Es un poco sorprendente que un hombre con la gracia que tenía Natanael, cosa que estudiaremos en un momento, sea el único discípulo mencionado en este capítulo que manifestó duda antes de aceptar que Jesús fuera el Cristo. Cuando Felipe le contó que había encontrado aquél de quien escribieron Moisés y los profetas, Natanael parece haber desacreditado la declaración. Su pregunta, o protesta, “¿De Nazaret puede salir algo de bueno?” da a entender que no estaba muy impresionado. Él era galileo y sabía que el pueblo galileo de Nazaret tenía mala fama. No se consideraba apropiado pensar que el muy prometido Mesías ha podido proceder de aquella población.

Felipe no entró en discusión pero tampoco perdió interés por su amigo. Sabiamente, invitó al incrédulo a probar por sí. El mensaje, “Hemos hallado; ven; ve”, sigue siendo el mismo hoy en día. Tradición religiosa no fue el enfoque del testimonio del recién convertido; galileo y todo, éste es aquel de quien Moisés y los profetas dan testimonio. Felipe había tomado el paso de fe, e hizo ver a su amigo que él podría hacer lo mismo.

Su carácter

El carácter de Natanael Bartolomé queda revelado en la declaración del 1.47: “He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño”. Así estimó nuestro Señor a uno cuyo nombre quiere decir, “dado por Dios”.

¿Por qué un *verdadero* israelita? En la estimación de Jesús, éste estaba en la clase de Ana y Simeón de Lucas capítulo 2, quienes esperaban la consolación de Israel. Sin duda Natanael vivía según la luz que tenía del Antiguo Testamento, un judío cumplido en sus deberes bajo la ley de Moisés.

“En quien no hay engaño”. Maravillosas estas palabras procedentes de los labios de aquel que no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues sabía lo que había en el hombre. La declaración nos hace recordar las conversaciones que Él tendría con Nicodemo y la samaritana, cuando lo más íntimo saldría a la luz en pocos instantes. Natanael no era perfecto ni sin pecado, pero era sincero dentro del marco de sus convicciones. Judío en extremo, no tenía los prejuicios ni el juicio sesgado de muchos hombres, y nuestro Señor sabía todo esto.

Aquí en la privacidad de su patio este judío ha podido estar meditando en la agitación existente en Judea, y no sería extraño que se haya encontrado en oración ferviente. En Zacarías 3.10 leemos que, “En aquel día ... cada uno de vosotros convidará a su compañero, debajo de su vid y debajo de su higuera”. ¿Esperaba así Natanael el día de la venida de su Mesías? Parece que estaba aparejado para recibirle. Sea como fuere, el-Dios-que-ve, veía algo en Natanael pero no ha tenido a bien decirnos.

Había un gran movimiento entre los judíos en aquellos días. El Bautista estaba anunciando que el reino de Dios se había acercado y él llamaba a las multitudes al arrepentimiento. Venía el Rey, y el hacha estaba puesta a la raíz del árbol; el divino leñador tumbaría

aquellos árboles que no llevaban fruto. A la vez, Roma estaba apagando los últimos rayos de libertad política que ese pueblo subyugado había tenido. Todo esto sería motivo de seria reflexión y perturbación para un israelita verdadero en quien no había engaño.

Su confesión

Se levantó, caminó hacia aquel que lo veía, y oyó su declaración: “Antes que Felipe te llamara ... te vi”. Fue un caso como el de David cuando confesó en Salmo 139.2: “Tú has conocido mi sentarme y mi levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos”. Desde luego, esa higuera es una figura de la nación de Israel, y el incidente es una miniatura de la recepción que esa nación va a dar, todavía en el futuro, al Mesías. Pero Natanael tenía que salir de por debajo de la higuera y recibirlo por sí mismo.

Él exclamó: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel”. Esta confesión fue diferente a la del piadoso Simeón cuando dijo en el templo: “Han visto mis ojos tu salvación ... luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel”. Felipe lo había invitado a ver a Jesús, pero Natanael vio más.

Las palabras del Señor provocaron de este singular varón una gran confesión de la deidad y el señorío de uno que veía por vez primera. Los ojos de su entendimiento fueron abiertos para ver en Jesús de Nazaret el Hijo de Dios manifestado en carne y el verdadero Rey de la nación. Simeón vio más la manifestación a los pueblos, y Natanael vio la persona en sí.

¿Cómo sabía que Cristo era Hijo y Rey? Por su conocimiento del Antiguo Testamento; “... de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas”. Él conocería bien el segundo salmo, donde habla Dios del Hijo y el rey, y posiblemente sabría también que Gabriel había anunciado la venida de uno que se llamaría Hijo del Altísimo. La confesión de este nuevo discípulo agradó al Señor, quien durante su ministerio terrenal nunca rehusó el título de rey de Israel. Contestó: “Cosas mayores que estas verás”.

Su equivocación

Es significativa de por sí la última mención que hace Juan de Natanael, y está en contraste con la mención de la ausencia de engaño que ya hemos visto. Juan 21.2 relata que “estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos”. ¿Por qué identificar a sólo cinco entre siete? Pedro era el portavoz, y figuran sólo dos más por nombre: el hombre de las dudas y el hombre sin engaño. Juan los pone lado a lado.



Pedro quería pescar y los demás aceptaron. No había mandamiento, y parece que se trata de un brote de voluntad propia. ¿Por qué estaban al lado del lago en vez de reunidos en “el monte donde Jesús les había ordenado”, Mateo 28.16? Algunos opinan que siempre fueron al lugar señalado pero se cansaron de la espera. Otros opinan que volvieron a la pesca para aumentar sus ingresos, por falta de fe. Si este fue el motivo, aprendieron algo, porque no pescaron nada.

Quizás no nos sorprenda mucho el hecho de que Tomás, con sus acostumbradas dudas, se haya dejado arrastrar por el grupo, pero no pensábamos encontrar a Natanael entre ellos. Mejor le hubiera sido volver a sentarse debajo de la higuera en su huerto y meditar en el Hijo de Dios, el Rey de Israel. Más obtuvo en su silenciosa reflexión que en esta iniciativa extraña en una etapa de la vida cuando ha debido saber mejor.

Pero Natanael no es el único que ha comenzado bien la carrera cristiana y ha llegado a confiar en la carne más adelante. ¿Sabemos mejor, y hacemos mejor?

Tomás, llamado el gemelo

La conducta de uno hace ver cómo es por dentro. Pedro era impetuoso y Juan amoroso; Andrés se caracterizaba por su habilidad en el trato con otros; Natanael era pensativo y Mateo analítico. ¿Un reflejo de nosotros?

¿Cómo vamos a describir a Tomás? Algunos dirían que era hombre melancólico porque dijo: “Vamos ... para que muramos”. Otros le tildan de incrédulo; “¿Cómo, pues, podemos saber el camino?” Solitario es otro adjetivo que posiblemente le aplica, ya que parece que se alejó del grupo de discípulos cuando María Magdalena hizo saber que había visto al Señor resucitado, y aparentemente por esta razón no estaba cuando Él se manifestó en el aposento alto.

El desconfiado es el apodo que más recibe este discípulo, porque rehusó creer cuando los otros le dijeron que habían visto al Señor. “Si no viere en sus manos la señal de los clavos”, él replicó, “y metiere mi dedo en el lugar de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré”, Juan 20.25. (De paso, Tomás, ¡gracias por su magnífico resumen de algunas de las consecuencias de la crucifixión en el cuerpo de nuestro amado Salvador!)

Todo esto es cierto, pero nos parece que en cada una de estas oportunidades, Tomás se recuperó de su primera reacción. Creemos, entonces, que hacemos mejor al limitarnos al nombre que Juan le da en tres ocasiones: Tomás, llamado Dídimos.

En las listas proporcionadas por Mateo, Marcos y Lucas, encontramos el nombre de este discípulo asociado con el de Mateo, y nos sentimos autorizados a concluir que ellos dos se asociaban en la obra. Sin embargo, estos tres escritores no ofrecen detalles sobre su llamamiento ni su servicio. Es Juan a quien debemos lo que sabemos de Tomás, ya que le menciona cuatro veces.

Él no tenía dos nombres, sino era conocido como Dídimos, a saber, *El Gemelo*. Como solía decir cierto hermano ahora con el Señor, esto nos hace saber que había otro como él.

Tal vez nosotros nos encontramos a veces cual gemelos de Tomás. ¿Melancólicos?, pero la consigna cristiana es: Regocijaos en el Señor siempre; otra vez ¡Regocijaos! Filipenses 4.4. ¿Incrédulos? Sepamos que para los incrédulos nada les es puro; Tito 1.15. ¿O dudosos? Pida con fe, no dudando nada, es la exhortación que da Santiago. Que no seamos morochos de Tomás en estas cualidades que algunos disciernen en él.

Escena 1

"Dijo entonces Tomás, llamado Dídimos, a sus condiscípulos: Vamos también nosotros, para que muramos con él", Juan 11.16

¿Se puede decir realmente que este discípulo estaba melancólico? Reconocemos que en la superficie parece que se deprimió al saber que Lázaro había fallecido, y algunos han dicho que hubiere sido mejor que esperara antes de dar expresión a su sentir, ya que el Señor estaba rumbo a Betania para dar vida. Es cierto, pero tenemos que considerar de cerca a quién se refiere Tomás al decir *él*.

Por lo regular se entiende que se refería a morir con Lázaro, pero no es así. Mal han podido los doce morir con aquél quien ya estaba muerto. El Dídimos se refería a Jesús. Estamos de acuerdo con aquellas traducciones del pasaje que expresan su comentario como “para morir con Él”. [p.ej. Nueva Versión Internacional y Nácar-Colunga]

En el versículo 8 de este capítulo leemos que los discípulos le habían dicho: “Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?” Tomás estaba manifestando una gran fidelidad. Él creía que los enemigos de Jesús le alcanzarían en el viaje a Betania, y estaba dispuesto a acompañar el Maestro hasta la muerte.

Escena 2

"Le dijo Tomás: Señor, no sabemos a dónde vas; ¿cómo, pues, podemos saber el camino?"
Juan 14.5

El Señor acaba de decir, "Sabéis el camino", pero Tomás fue lento en entender el sentido de esta declaración. Es más: suponía que sus colegas tampoco sabían qué decía Jesús, y exclama como portavoz, "¿Cómo podemos?"

Tomás sabía que el Señor volvería al Padre en el cielo, y que dejaría atrás a los discípulos. Aun cuando estaba dispuesto a morir con Él, este hermano no comprendía cómo podrían ellos acompañar al Señor. Esto sí le deprimía.

El Señor no le reprende, sino le enseña con ternura: "Yo soy el camino, la verdad, y la vida". Aparentemente esta gran revelación satisfizo a Tomás, aun cuando Felipe quería evidencia. Respetamos la fe del Dídimo; seamos nosotros su morocho en esto.

Escena 3

"Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando Jesús vino",
Juan 20.24

No se ofrece razón por la ausencia de nuestro protagonista. Pablo tampoco habla de esta ocasión cuando habla en 1 Corintios 15.5 al 8 de algunas manifestaciones del Señor en resurrección. Cuando dice en ese pasaje que Jesús apareció "a todos los apóstoles", él se refiere a una ocasión ocho días después de ésta en el 20.24.

La narración nos deja con la impresión que esta manifestación fue especialmente para el bien de Tomás. No ha debido estar ausente en la ocasión anterior, y entendemos como una crítica el comentario de Juan: "... no estaba con ellos cuando Jesús vino". ¿Fue por descuido? ¿disgusto? Un respetado autor ha sugerido: "Él se estaba dando el lujo de sentirse lástima, y esto a solas".

Sea cual fuere el motivo, encontramos a los otros deseosos de avisarle a Tomás de lo sucedido: "¡Al Señor hemos visto!" No dudamos de que habrán abundado en detalles, no obstante lo escueto del comentario de Juan. Y así la respuesta: "Si no viere ... no creeré".

Este no es un hombre que duda, sino uno que no quiere creer. Tomás está retando a los que han visto con sus propios ojos. ¿Por qué? Aun estando sobrecogido de tristeza, él no ha debido dudar de diez hermanos en la fe a quienes conocía íntimamente. Como dice el buen himno:

La incredulidad es ciega, pues no mira más allá;
A la fe Dios se revela; todo nos aclarará.

Nos llama la atención que el Señor haya esperado ocho días para atender a este discípulo. Él tiene su tiempo y su manera de tratar con los suyos. Nada dice el relato para darnos a entender que los diez estaban esperando otra manifestación en el aposento. Pero el Señor llega y de una vez, parece, se dirige a Tomás.

Nada de preguntas acerca de la ausencia, ni de si todavía quiere meter el dedo. No se nos dice si el discípulo lo hizo o no, pero dudamos grandemente que habrá sido necesario. Jesús le diría: "Porque has visto, ... creíste" y no, "Porque metiste la mano".

No seamos prestos a condenar a este hombre, porque suya es una de las grandes declaraciones de la Biblia. La de Natanael fue: "Tú eres el Hijo de Dios; tú eres el rey de Israel". La de Marta: "Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Y ahora Tomás, nuestro "Dídimo" que reconoció tanto señorío como deidad: "Señor mío, y Dios mío!"

Escena 4



"Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos", Juan 21.1.

Nos extraña ver el nombre de Tomás lado a lado con el de Pedro. El grupo era de siete, incluyendo dos no nombrados. Sospechamos que éstos eran Andrés y Felipe; al ser así, Tomás sería el único que no era pescador por oficio.

¿Qué pensamientos tenían al meterse en aguas bien conocidas en otra época? Quien sabe si tenían al Señor en mente. Pero más provechosa para nosotros sería otra pregunta: ¿Qué pensamientos tenían al no lograr nada? Que nos hagamos la misma pregunta cuando dejamos, aun por una noche, el testimonio al cual hemos sido llamados.

Felizmente, Juan 21 no es la última mención de nuestro gemelo. Le encontramos con los demás discípulos en Hechos 1, pero en mejores circunstancias. Todos éstos perseveraban unánimes en oración y ruego en el aposento alto. Este informe sí nos agrada.

Mateo Leví, el fiel convertido

Mateo, como algunos otros discípulos, contaba con dos nombres. Se llama Mateo en Mateo 9.9, 10.3, Marcos 3.18, Lucas 6.15 y Hechos 1.13. Se llama Leví en Marcos 2.14 y Lucas 5.27,29. Un repaso de los relatos de su llamamiento —Mateo 9, Marcos 2 y Lucas 5— hace ver que cada uno de los tres está precedido por la historia del hombre curado de una parálisis y seguido por la de una fiesta en casa de este discípulo nuevo. Este detalle basta para establecer que se trata de una misma persona, aun cuando se emplea dos nombres.

La vida de antes

Leví quiere decir *juntado* y Mateo significa *don de Dios*. Él habla de sí como un hombre llamado Mateo; Marcos dice que Jesús vio a Leví hijo de Alfeo; Lucas, por su parte, habla de un publicano llamado Leví. Nada se dice para dar a entender que el Señor le dio un nombre nuevo como en el caso de Simón Pedro, ni se nos dice que ambos le fueron dados al nacer. Probablemente los judíos conocían al cobrador de rentas como Leví. Es posible —la Biblia no lo dice— que él asumió el nombre “don de Dios” al abandonar la vida antigua y recibir el don de Dios que es Cristo Jesús.

La vida nueva

Todos tres escritores cuentan que él estaba sentado en el puesto de la aduana. Es Lucas, un gentil, que especifica que Mateo era publicano. Este cargo oficial le habrá sido dado por los romanos. Leví cobraba impuestos de sus conciudadanos, pero no necesariamente con arreglo a una tarifa establecida, sino según las posibilidades de obtener dinero de cada cual. Tampoco era de pensar que todos los fondos recaudados llegaban a las arcas del tesoro público.

Aparentemente él tenía su puesto de control y también su residencia en las afueras de Capernaum, y vivía cómodamente. Los publicanos eran vistos como traidores por cuanto se enriquecían a expensas de los demás y colaboraban con el gobierno extranjero. Sin duda Mateo estaba consciente de esta fama, y respetamos su franqueza al llamarse a sí mismo en el 10.3 *el publicano*, un distintivo que Marcos no emplea. Mateo no especifica los antecedentes de sus compañeros en la obra del Señor, pero destaca la gracia de Dios en su caso propio.

De cada relato desprendemos que el llamamiento de este hombre consistió en sólo la orden, “Sígueme”. Esta invitación significó todo para él, pero Mateo narra su reacción de la manera más sucinta: “Se levantó y le siguió”. No dudamos de que haya sabido de Jesús de Nazaret antes de este momento, pero nada leemos de esto. El paso le resultaría por demás costoso; representaría la pérdida de buenos ingresos para servir a uno que no tenía dónde recostar la cabeza.

Al caer estas palabras sobre sus oídos, poco tiempo tenía él para decidir si seguía o no. Aceptado políticamente, rechazado socialmente, casa propia, buenos ingresos. Llega uno y le dice: “Sígueme”. ¿Qué hacer?

Bien ha podido preguntar Mateo Leví por qué el Señor le llamaría a él, pero no lo hizo. La respuesta fue inmediata y absoluta. Dejó el mundo y siguió a Cristo, y a lo mejor hubiera cantado con nosotros, “... porque el mundo pasará ...” Otro diría en Lucas 9.61: “Te seguiré, Señor, pero ...” Mateo no puso ningún *pero*. Ha podido decirnos mucho más; aquel banco abandonado fue testigo elocuente del gran cambio operado en su ser.

La familia

Modestamente, este hombre no cuenta nada de la fiesta que ofreció para anunciar su gran decisión, limitándose a comentar que Jesús cenó en su casa con otros. De Lucas aprendemos que “hizo un gran banquete en su casa”, y que estaban presentes muchos publicanos y otros. A estos el anfitrión les describe como “publicanos y pecadores”. Tal vez invitó adrede a esta clase de personas para que conociesen al Salvador. Fue inmediatamente después de esta ocasión que Jesús anunció una gran verdad evangélica: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento”.

No podemos insistir en cuanto a los nexos familiares de este discípulo, pero se revela suficiente como para permitir algunas sugerencias. Marcos nos hace saber que Mateo era hijo de Alfeo, un nombre suficientemente conocido entre los apóstoles como para no requerir mayor explicación. Cuatro listas hablan de Jacobo como hijo de Alfeo, y en dos de estas Jacobo y Mateo figuran lado a lado. ¿Eran hermanos?

Si eran hermanos, entonces la madre de Mateo era María mujer de Cleofas, un seguidor fiel del Señor. *Cleofas* es otra forma de *Alfeo*. Comparando Marcos 15.40 (“algunas mujeres mirando de lejos ... María la madre de Jacobo el menor”) y Juan 19.25 (“estaban junto a la cruz ... María mujer de Cleofas”), llegamos a la conclusión que la madre de Jacobo era la esposa de Alfeo / Cleofas. Es posible, entonces, que esta mujer piadosa tenía un hijo extraviado, o sea, un publicano que fue convertido.

Por regla general los expositores de las Escrituras aceptan que Mateo escribió el libro que lleva su nombre. Uno ha comentado que el libro es alabado más por quienes más lo conocen. Poco se sabe de los últimos años de este hombre o de su muerte. Sócrates, quien escribió en el quinto siglo, dice que Mateo murió en Etiopía pero otros afirman que predicaba y falleció en Siria. La Biblia guarda silencio.

Jacobo, un hijo de Alfeo / Cleofas

Jacobo figura en el noveno puesto en cada lista de los apóstoles, y en cada caso se aclara que era hijo de Alfeo. Varias personas figuran en el Nuevo Testamento con el nombre de Jacobo y no es fácil identificarlos en algunos casos. Algunos opinan que había cinco: el hijo de Zebedeo, el de Alfeo, el hermano de Jesús, el hijo de María (llamado Jacobo el menor) y el hermano de Judas el apóstol. Otros opinan que el Jacobo hijo de María era a la vez hermano de Jesús, pero esto no está claro.

Había tres *Jacobo* como mínimo: el hijo de Zebedeo, el hijo de Alfeo y el hermano de Jesús.

Si eran tres no más, nada aprendemos en los cuatro evangelios acerca del hermano de Jesús mientras el Señor vivía; durante el ministerio terrenal de Jesús, “ni aun sus hermanos creían en él”, Juan 7.5.

Creemos que era hermano de Jesús el Jacobo que se nombra en Hechos 12.17 (cuando Pedro dijo, “Haced saber esto a Jacobo”); en 15.13 (el concilio en Jerusalén); en 21.18 (“Pablo entró a ver a Jacobo”); y en Gálatas 1.19 (“no vi a ninguno de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor”). Es evidente que él era un líder en la iglesia primitiva.

“El menor”

De Jacobo el hijo de Alfeo sabemos muy poco. Nada se dice de él durante el ministerio del Señor sobre la tierra. La última mención de su nombre está en Hechos 1.13: “Subieron al aposento alto, donde moraban ... Jacobo hijo de Alfeo ...” Este versículo constituye, por cierto, la última mención de ocho de los doce.

Al comparar Juan 19.25, Lucas 24.10 y Mateo 10.3, nos parece que Alfeo y Cleofas eran una y la misma persona. *Alfeo* es la forma griega y *Cleofas* la hebrea. El primero de estos versículos hace saber que era esposo de María. (“Estaban junto a la cruz de Jesús ... María mujer de Cleofas”). Ahora, en Lucas 24.10 leemos de “María madre de Jacobo” en exactamente el mismo contexto, y en Marcos 15.40 de “María la madre de Jacobo el menor”. Es claro que la referencia es a Jacobo el hijo de Alfeo, uno de los doce.

La razón por llamarle *el menor* puede ser por su estatura pero más probablemente es para distinguirlo de Jacobo el hijo de Zebedeo, el hermano de Juan, quien era más prominente. Sin duda el hijo de Alfeo aceptó esta designación con toda humildad.

¿El silencioso?

No podemos ir más allá de lo que la Palabra de Dios registra acerca de estos “apóstoles silenciosos”. Jacobo el menor no es el único; la Biblia tampoco relata las actividades de Bartolomé, Simón el cananita y Judas Tadeo. El Señor los escogió y los comisionó a predicar. Fueron los primeros evangelistas en el glorioso ejército que ha servido a lo largo de veinte siglos, y su servicio es conocido a aquel a quien sirvieron.

Como era con los doce, lo es con todo verdadero siervo del Señor: mucha diferencia en carácter, actividad y responsabilidad. Algunos figuraban más prominentemente que otros en lo que sus semejantes veían y oían, pero, al decir de Marcos 13.34, Él dio a cada uno su obra. Lo que tenemos que recordar es que “la obra de cada uno se hará manifiesta, porque el día —el tribunal de Cristo— la declarará”, 1 Corintios 3.13.

Pedro, por ejemplo, protestó, “He aquí, nosotros lo hemos dejado todo; y te hemos seguido”, y preguntó, “¿Qué, pues, tendremos?” La última parte de la respuesta del Señor fue: “Muchos primeros serán postreros, y postreros, primeros”. La primera lista de los apóstoles comienza con un Simón y termina (el Iscariote aparte) con otro Simón, pero ¿quién se atreve a decir que Simón Pedro será el primero y Simón el cananita el postrero en un día futuro?

“Así que, no juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual aclarará también lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones; y entonces cada uno recibirá su alabanza de Dios”, 1 Corintios 4.5.

Judas Tadeo Lebeo, el apóstol con tres nombres

En su Evangelio, Lucas hace referencia a los dos últimos de los apóstoles como “Judas hermano de Jacobo” y “Judas Iscariote, que llegó a ser el traidor”. Al escribir el libro de Hechos, dice que subieron al aposento alto once varones, terminando la lista con Judas hermano de Jacobo, 1.13. Mateo, en cambio, nos habla de un Lebeo, por sobrenombre

Tadeo, mientras que Marcos hace mención de Tadeo; tanto Mateo como Marcos colocan a este hombre en el décimo lugar en sus listas.

Sus nombres

Una vez más se nos presenta un problema de identificación, y de nuevo tenemos que reconocer que hay diferencias de criterio que impiden hablar con certeza. Se ha dicho que hubo un discípulo con tres nombres: Judas, Tadeo y Lebeo, y este criterio prevalece. Era hijo de Alfeo y hermano del Jacobo de quien hablamos en el capítulo anterior; Lucas 6.15,16. Es evidente, entonces, que hubo tres parejas de hermanos entre los doce: Jacobo y Juan, Pedro y Andrés, Jacobo y Judas. Cuidadosamente se distingue entre los dos Judas, como en Juan 14: “Le dijo Judas (no el Iscariote) ...”

Quién sabe qué pensaba Tadeo acerca del hecho de tener el mismo nombre que su compañero. ¡Lo cierto es que no parecen haber tenido nada en común sino el nombre! Mucho dice la Biblia acerca del infame Judas Iscariote y poco acerca del piadoso Judas Tadeo, de manera que podemos aprender que no es la publicidad que hace al hombre. No es cuestión de cuánto se habla de uno, sino de qué se puede decir.

Su pregunta

La única mención que tenemos de Tadeo aparte de los otros es esta misma en Juan 14.22. En el aposento alto, al final del ministerio del Señor sobre la tierra, le dijo éste: “Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo?”

En la pregunta hay cierta nota lamentable; este hermano ha debido saber que el mundo no tenía cabida para su Maestro. Apenas cinco versículos antes, Él había dicho al grupo que el Padre les iba a dar el Espíritu de verdad, “al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce”. El Señor había agregado que ellos, los discípulos, le conocían porque el Espíritu moraba *con* ellos, y estaba por morar *en* ellos, como Él mora *en* nosotros los creyentes hoy en día.

El Señor proseguía, hablando de guardar sus mandamientos y ser amado así del Padre. Pero Judas Tadeo estaba pensando todavía en la declaración intermedia: “Todavía un poco, y el mundo no me verá más, pero vosotros me veréis”. No entendía. Si Judas Tadeo hubiera tenido un concepto más adecuado de lo que es este mundo, y qué es por naturaleza cada corazón humano, nada le hubiera extrañado que el Señor se retirara del mundo. Su sorpresa hubiera sido, en cambio, que el Señor se dignara a revelarse a unos pocos.



Su servicio

El Espíritu no ha tenido a bien decirnos más acerca de este hermano en Cristo. Sus logros y triunfos, sus problemas y desaciertos, no sabemos. Había discípulos prominentes y los había poco conocidos, y entre el pueblo del Señor, y aun entre los siervos del Señor, es así todavía. Una misma promesa había para todos ellos por igual, y la hay para todos nosotros por igual: “Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo”.

Simón Zelote, el discípulo cananita

Las listas de los discípulos en los Evangelios de Mateo y Marcos incluyen en el undécimo lugar a un hombre llamado Simón el cananita, y la de Lucas 6.15 a un “Simón llamado Zelote”. Hechos 1 habla también de Simón Zelote como uno de los que perseveraban en

oración y ruego, asignándole el décimo puesto.

Conforme había dos Jacobo y dos Judas, había dos Simón. De nuevo, uno prominente y otro no. Si pensamos saber mucho acerca de Simón Pedro, tenemos que reconocer que no sabemos nada de Simón Zelote. Nada se dice de éste entre los relatos de las actividades del grupo en conjunto ni de su ministerio particular antes o después de la resurrección del Señor.

El político

Sin embargo, su nombre sí nos interesa. Mateo y Marcos emplean el hebreo al llamarlo *el cananita* y Lucas (quien era gentil) emplea el griego para decir lo mismo: *el zelote*.

No es un término geográfico ni racial, sino político. Este Simón había pertenecido al movimiento político de los zelotes o *los celosos*. Hechos 5.37 habla de este movimiento y de su sublevación que tuvo lugar unos veinte años antes de que Jesús comenzara a hablar públicamente: “Se levantó Judas el galileo, en los días del censo, y llevó en pos de sí a mucho pueblo. Pereció también él, y todos los que le obedecían fueron dispersados”.

Estos fariseos, porque así eran, se llamaban *los celosos* por su fanatismo, no admitiendo compromiso. Se opusieron amargamente al gobierno romano pero, como indicó Gamaliel, fueron reducidos a nada.

A esta secta pertenecía Simón. (Si no, se había identificado posteriormente con sus ideales). La gracia de Dios lo había conquistado, convirtiéndole de fanático admirador del revolucionario Judas el galileo a sencillo seguidor de otro galileo, Uno manso y humilde de corazón que lo había invitado a tomar su yugo y aprender de Él.

Si este Simón había sido en un tiempo un revolucionario, un insurrecto que luchaba contra los abusos del gobierno extranjero, más nos llama la atención que nada relata el Libro acerca de protestas y quejas que haya manifestado como discípulo del Señor. Leemos unas cincuenta referencias a las actividades —y a veces los graves errores— de su tocayo impetuoso, pero ninguna vez encontramos a este Simón quejándose o alejándose.

Celo nuevo

Un ex publicano, quien probablemente había sido avaro en extremo. Varios pescadores, “hombres sin letras y del vulgo”. Un ex insurrecto y político fracasado. Y un hombre de Judea (el Iscariote) mezclado entre once galileos. Estos componían el grupo de jóvenes que Jesús escogió para que estuviesen con Él y para que proclamaran su evangelio a la humanidad una vez ausente Él.

Cada cual, el traidor aparte, recibió su *Sígueme*, y cada cual, a su manera, había dejado casa, hermanos, padre y tierras para seguir en pos de un rechazado que era a la vez Rey de reyes y Señor de señores. Terminado su aprendizaje, ya poseídos ellos del Espíritu Santo, el Concilio reconoció que “habían estado con Jesús”, Hechos 4.13.

Leví en un tiempo cobraba los impuestos y Simón protestaba contra los mismos. Natanael reflexionaba en la sombra de su solar y el otro Simón aparentemente no se acostumbraba a reflexionar pausadamente en ninguna parte. Pero todos trabajarían en armonía una vez que las cosas viejas pasaron y todo les fue hecho nuevo.

El celoso Simón cananita gastaría ahora sus fuerzas en otra causa. Si esta nueva obra hubiera sido de los hombres, se hubiera desvanecido al igual que aquella causa fracasada de veinte años antes. Pero era de Dios. Como otro celoso que aparecería más adelante, Simón el cananita ha podido decir que “cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo”, Filipenses 3.7.

“Venid a mí”

Hasta donde sabemos, ninguno de estos hombres se ofreció voluntariamente para ser apóstol. El Señor los seleccionó. Se nos reseña el llamamiento de sólo cinco, y de algunos se nos dice que fue con el fin de que fuesen pescadores de hombres; Mateo 4.19. Algunos eran inmaduros espiritualmente. Su historia está manchada por lenguaje carnal, incredulidad, ambición y celo inapropiado. No obstante, el Señor les dijo que van a sentarse sobre doce tronos para juzgar a las doce tribus de Israel; Mateo 19.28. ¡Cuán grande el cambio que opera en el ser humano! ¿Sabemos nosotros qué es andar con Él, tomar su yugo y aprender de Él?

Judas Iscariote, el traidor

El nombre del doceavo discípulo está asociado perpetuamente con el engaño y a lo largo de edades ha sido echado a mal a causa de lo que hizo. Muy poco está escrito sobre Judas Iscariote antes de los últimos días de su asociación con Jesús. Se menciona aproximadamente veinte veces en el Nuevo Testamento y cada vez que se le nombra hay una referencia directa o indirecta a su perfidia.

En cada lista de los doce el nombre de Judas Iscariote figura de último, un indicio de la tragedia de sus acciones al final de su vida. Mateo le llama “el que también le entregó”. Marcos dice casi lo mismo, y Lucas habla de aquel “que llegó a ser el traidor”. Qué etiqueta por demás vergonzosa.

Hipócrita

Nada sabemos de los rasgos físicos de los doce, pero no concebimos un Judas con la expresión severa de engaño y avaricia que los pintores quieren darle. Es poco probable que los otros discípulos lo hubiesen encomendado los fondos a un hombre que proyectaba esa imagen. Al contrario, ha podido ser de los más jóvenes en el grupo, inteligente y servicial; ¿o servil? Pensamos que logró esconder sus deseos malvados y propósitos satánicos. Judas fue incluido en la declaración de lealtad que Pedro hizo a Jesús: “Nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente”, Juan 6.69.

Esta hipocresía de parte del Iscariote parece haberse manifestado primeramente en su supuesto interés en los pobres, cuando en Betania exclamó con aparente piedad: “¿Por qué no fue este perfume vendido por trescientos denarios, y dado a los pobres?” Pero el Espíritu agrega al relato: “Dijo esto, no porque cuidara de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, sustraía de lo que se echaba en ella”, Juan 12.4 al 6.

Por supuesto, nosotros que somos salvos hacemos bien en recordar que la Palabra de Dios es viva y eficaz, discerniendo los pensamientos y las intenciones del corazón; Hebreos 4.12. El Señor no tenía —ni tiene— necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues Él sabía lo que había en el hombre; Juan 2.25. Debemos saber nosotros lo que aun Agar sabía, que nuestro Dios es el Viviente-que-me-ve; Génesis 16.14.

Iscariote

Iscariote (un sobrenombre; Lucas 22.3) quiere decir un hombre oriundo de Queriot. Aprendemos de Josué 15.25 que éste era un pueblo del área de Judá, de manera que es probable que este Judas era el único entre el grupo que no era galileo. Bien ha podido él gozar de mayor aceptación social que los demás por no haber sido de una gente “sin letras y del vulgo”, como dirían los hombres del concilio una vez ascendido el Señor.

Jesús también era de Judea. Judas tenía una cierta intimidad con Él, y conocía aquel lugar en el huerto donde Jesús se reunía con los suyos; Juan 18.2. Es impactante el lenguaje de Salmo 41.9, que es aplicable de un todo a la relación entre el Maestro y su traidor: “El hombre de

mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”.

Diablo

Ha sido para muchos un gran misterio el hecho de que Él haya escogido a Judas. Se ha ofrecido no pocas razones como simple conjetura. El Señor sabía. “¿No os he escogido a vosotros los doce, y uno de vosotros es diablo?” Juan 6.70. (Observemos: *diablo*, no *demonio*). Pedro reconoció, después que Judas había hecho lo suyo, que el Espíritu Santo había empleado a David para hablar anticipadamente de este hombre vil: “Judas, que fue guía de los que prendieron a Jesús, y era contado con nosotros, y tenía parte en este ministerio”, Hechos 1.16,17.

Volviendo a las palabras de nuestro Señor, nos impresiona su declaración reverente al Padre: “A los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de perdición, para que la Escritura se cumpliera”, Juan 17.12.

¿Judas le fue dado a Cristo por el Padre? No. Al haber sido dado, no se hubiera perdido; esto queda claro por Juan 10.29. Los que son dados son los que acuden a Cristo, creyendo en Él y lo que ha dicho: “Todo lo que el Padre me da, vendrá a mí; y al que a mí viene, no le echo fuera”, Juan 6.37.

“Yo sé a quiénes he elegido”, afirmó en Juan 13.18 al 20. “Desde ahora os lo digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy”. En seguida agregó, para nuestra mayor instrucción sobre el asunto de Judas: “El que me recibe a mí, recibe al que me envió”. La razón por la designación de este hombre para fue que la Escritura se cumpliera. Esto no quiere decir que Judas fue seleccionado para desempeñar el papel de traidor, ni que respondió al llamamiento al discipulado con el propósito de engañar. Quiere decir que Dios tenía conocimiento anticipado de lo que iba a suceder.

Avaro

No es fácil determinar las circunstancias que condujeron a Judas a traicionar al Señor. En la ocasión del abandono de parte de muchos de sus seguidores, cuando volvieron atrás “y ya no andaban con él”, el Señor declaró a los doce, “Uno de vosotros es diablo”, haciendo ver que sabía que este hombre lo aborrecía. Judas no pudo engañarlo.

Sin duda había elementos de codicia y venganza en todo esto. Posiblemente había ambiciones de liderazgo que quedaron frustrados al ver que Pedro se destacaba y Juan era quien se acostaba en el regazo del Maestro. No sabemos; sólo sugerimos. En algún momento, actuando por voluntad propia, Judas resolvió entregarse a la voluntad de Satanás.

Cuando estaba cerca la fiesta, los principales sacerdotes buscaban cómo matar a Jesús. Entró Satanás en Judas, y éste fue y habló con ellos y con los jefes de la guardia. “Él se comprometió”, Lucas 22.6. Había dinero de por medio: “Ellos se alegraron, y convinieron en darle dinero”. Fue desde entonces que el Iscariote buscaba oportunidad para entregar a su Mentor.

Dos veces leemos que Satanás entró en ese hombre. Durante la Última Cena, así llamado, allí en el aposento alto, “Satanás entró en él”, Juan 13.27. El Señor sabía que Judas estaba consciente de que Él sabía. “He aquí”, dijo Jesús, “la mano del que me entrega está conmigo en la mesa. A la verdad el Hijo del Hombre va, según lo que está determinado; pero, ¡ay de aquel hombre por quien es entregado!” Lucas 22.22. Lucas no dice cuándo se marchó Judas del aposento. Es Juan quien aclara que “hubo tomado el bocado, luego salió”. Y añade: “Era de noche”.

Equivocado

Es probable que Judas pensaba que el Señor se libraría una vez más de las manos de sus

enemigos. El discípulo le había visto hacerlo, y a lo mejor pensaba que él podría recibir para sí dinero, sin que hubiese consecuencias negativas para Jesús. El traidor era hombre sagaz, pero se equivocó. Cuán verídicas las palabras del Señor: “Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido”, Marcos 14.21.

¡Qué fin tan desastroso para un hombre que había acompañado tanto al Hijo de Dios!
Escogido a ser apóstol, ocupado en el servicio del Señor, ¡y ahora un instrumento del diablo!

La secuencia de los acontecimientos ha podido ser ésta: Judas se arrepintió; corrió al santuario, un lugar prohibido para él por cuanto no era sacerdote; echó la plata a los pies de los hombres impíos a quienes había complacido; salió y se ahorcó; se partió el cordón; se cayó, con las consecuencias descritas por Lucas: “Se reventó”.

Y así cae el telón para terminar la historia de uno cuya única etiqueta es *el traidor*. Fue a su propio lugar; Hechos 1.25.